



BOLETIN ECLESIAÍSTICO

DE LOS OBISPADOS DE

SALAMANCA Y CIUDAD-RODRIGO.

NOS EL DR. DON NARCISO MARTINEZ IZQUIERDO,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA OBISPO DE SALAMANCA Y ADMI-
NISTRADOR APOSTÓLICO DE CIUDAD-RODRIGO,
PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD, ASIS-
TENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, CABALLERO
GRAN CRUZ DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE
ISABEL LA CATÓLICA, INDIVÍDUO CORRESPON-
DIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, SE-
NADOR DEL REINO, ETC., ETC.

*A nuestros muy amados Hermanos é Hijos el venerable Dean
y Cabildo de una y otra catedral, los Arciprestes, Pár-
rocos, Ecónomos y demás Sacerdotes, las Comunidades
religiosas y todos los fieles de ambas diócesis, salud y
gracia en Nuestro Señor Jesucristo.*

Et fiet unum ovile et unus pastor:
Y se hará un solo redil y un solo pastor.

*(Palabras de N. S. Jesucristo en el Evangelio segun
S. Juan, c. X. v. 16).*

Venerables Hermanos y Amados Hijos: Bien nos
está demostrando la sábia y adorable providencia de
Dios que la virtud de la religion es toda divina. Aban-

donado de todos los poderes de la tierra, combatido por cuantos elementos ha sabido acumular el genio de mal, gime aherrojado en el Vaticano el venerable anciano que hoy ostenta la dignidad de S. Pedro. Ha sido y continúa siendo objeto de todas las injusticias, sin que á sus reclamaciones hayan prestado atención los que en el mundo tienen la misión de realizar el derecho. Ludibrio de innumerables enemigos, todos los que se complacen en ir contra la Iglesia de Dios han podido descargar sobre él los golpes de su encono, y ultrajarle con crueles censuras y atroces calumnias. No hay hombre en la tierra á quien se haga una oposición tan récia y empeñada, ninguno contra el cual se dirijan maquinaciones tan malignas y se tenga siempre armada una conjuración general. Por todas partes vé venir ríos de amargura que inundan su corazón bondadoso. Es ciertamente el varón de las penas, *vir dolorum*, el gran ejemplar del sufrimiento en el mundo.

Un año y otro año, un siglo y otro siglo ha sido atacada la autoridad del Romano Pontífice é impedida su influencia, hasta que en fuerza de malas artes se ha llegado á dar con él en una triste prisión. Ya parece podían celebrar tranquilos su triunfo los que se esforzaron en perderle, ya podían irse satisfechos volviendo la espalda á su víctima, ya, en fin, podían darle al olvido, pero les es imposible. No solamente el amor de los que le obedecen vá en aumento, sino que allí, en su cautiverio, continúa siendo la pesadilla de sus contrarios; y aquellos mismos á quienes lisonjeó un día la idea de que sería abolida su causa, le buscan, le oyen, solicitan sus oráculos y apelan á su autori-

dad. Hoy se trata como Soberano al que no es sino un prisionero.

¿No merece, V. H. y A. H., no merece nuestra consideracion y un detenido estudio este hecho, el más sorprendente que cabe descubrir en el mundo social, y que tan á las claras nos hace ver la accion de la mano de Dios en la marcha del género humano? Por otra parte, á ocuparnos con predileccion de la causa de nuestro amado Pontífice nos comprometen hoy fuertemente la gratitud y la piedad, ya que tan generoso y solícito se mostró para dar el primer realce y la más alta importancia á las fiestas que en honor de nuestra gloriosa Madre y Patrona Santa Teresa hemos celebrado con ocasion del tercer año secular de su muerte en Alba de Tórmes.

I.

Y entremos desde luego en la cuestion, preguntando, ¿porqué las miradas de todos se concentran en el Pontificado de Roma? Sea para venerarle, sea para contradecirle, todos le tienen presente, al ménos cuando se trata de la vida pública de las naciones. Los que no le defienden, le persiguen, y para que su influencia de nadie pase inadvertida, experimentan sus beneficios, áun aquellos que le detestan. A todos y de todas maneras está interesando, y es que el dedo de Dios le señala para que los hombres tomen posicion en torno suyo. Está puesto en medio del mundo, como decia el anciano Simeon de Jesucristo á quien el Romano Pontífice representa, para la ruina de unos y la resurreccion de otros, y como señal de combate al que se dá cita á los

pueblos y á los siglos. Lo diremos terminantemente: si segun la expresion de Bossuet, una de las más sublimes que debemos á su elocuencia, en el Pontificado Romano se realiza el gran misterio, de unidad de la Iglesia, él debe ser por lo mismo el primer fundamento para la formacion de la sociedad humana en general. ¡Providencia sagrada de nuestro Dios, cuán insondable eres en tus disposiciones!

Pero á la luz de las divinas Escrituras bien podremos darnos alguna razon de este misterio, en donde sin duda se encierra la suerte del género humano. Porque en verdad, el cristianismo es el punto cardinal de la historia de la humanidad, y aquello que es capital en el órden cristiano no puede ménos de atraer hacia sí la atencion del mundo. Si no pretendemos más que convencernos de que el Pontificado debe ser, y es de hecho, el centro de la humanidad, sin grandes esfuerzos de inteligencia lo conseguiremos, porque ¿qué es lo que une más efectiva y eficazmente á los hombres sinó la Religion?

Es verdad axiomática, como demuestra con su lucidez y precision acostumbradas el Angel de las escuelas, que la vida humana tiene un fin que es el mismo para todos los hombres, y hácia el cual todos sienten una inclinacion ineludible. Mas el fin debe ser conforme á naturaleza, la cual á su vez lo marcará conforme á las disposiciones de su autor. Esto no es posible que lo niegue el incrédulo más obcecado á poco que quiera discurrir sin pasion. Ahora bien, habiendo dotado Dios al hombre de tendencias y aspiraciones ilimitadas, solamente se puede satisfacer con la posesion del bien infinito, y éste es Dios. Dios como principio, Dios

como fin: hé ahí los términos en que se encierra la vida de todo ser racional en el tiempo y en la eternidad, y la religion que nos enseña á tener presentes nuestro principio y nuestro fin será la única que pondrá á todos los hombres en un camino comun y los enlazará con el único vínculo que á todos puede ligar. Fijese la mirada en Dios, y se habrá establecido la unidad más alta para la asociacion humana. Además, este principio de union es eficaz, y hace al hombre moverse ordenadamente y aprovechar todos sus actos libres para conseguir la felicidad, lo cual no sucede con los principios de unidad que dan los incrédulos al género humano. Los idealistas se colocan en la region de lo abstracto y sus principios no arrojan enseñanzas prácticas para vivir; los materialistas señalan hechos sin conexion, y no saliendo del orden sensible, nunca llegan á sentar las bases de la unidad que de suyo han de ser racionales. Acerca del fin todavia satisfacen ménos sus doctrinas, pues hasta omiten tratar de él. De la ley cristiana, lo que miran con más horror es todo lo referente al fin último del hombre. El problema de la unidad de la vida humana no lo resuelve sino el dogma asentado por el Concilio Vaticano, de un Dios *verdadero y vivo* distinto de las sustancias creadas asi espirituales como corporales, ó, como se dice en la S. Escritura, un *Dios vivo, y provido, vicentis et videntis*. Para entender la historia, lo mismo que cualquier otro orden de ideas, viene á ser una verdad inconcusa que el principio de la sabiduría es el temor de Dios. Considérese la marcha de la humanidad bajo este punto de vista, y está asegurada la ley suprema que ordena la historia.

Mas ¿en qué consiste que, estando llamada ¡la religion á unir en sociedad comun á todos los hombres, no lo ha efectuado desde el principio del mundo? Responderemos con la mayor sencillez posible, sin hacernos cargo de lo que es la sociedad y de lo que son sus condiciones y leyes. No consultaremos para resolver la dificultad sino hechos comunes que nos suministran la observacion de la naturaleza y las relaciones históricas más acreditadas. La naturaleza humana que es la misma en todos, y la razon que en todos tiene por base los mismos principios, parece habian de bastar para mantener asociados á los hombres, pero observamos en el fondo de nuestro ser una predisposicion que nos lleva á disentir de nuestros semejantes, y que trae consiguientemente al mundo agitado por la discordia. Siendo el hombre, como dice S. Agustin, lo más sociable por naturaleza, el vicio hace de él lo más discorde, y á este vicio denominamos amor propio. No nos detengamos en explicar su origen, pues su existencia basta para convencernos de que se necesita un remedio para contener la desunion, y no hallándose éste al alcance del hombre, Dios se lo concedió misericordiosamente. Restituyéndole al orden sobrenatural, y ofreciéndose á sí mismo visto cara á cara como objeto de la bienaventuranza, elevó y transformó el amor del hombre y le infundió la caridad para que le amase como á amigo, como á padre, diciéndole al mismo tiempo «ama á tu prójimo como te amas á tí», es decir, amándote en mí, buscándome como término que ha de constituir tu vida de ventura. Así, amando á Dios sobre todas las cosas, ya no se puede temer que el amor propio

produzca diferencias con los demás, y todos los hombres se hallarán incontrastablemente unidos por un amor superior, y la sociedad entre ellos se hará indisoluble.

Pero el amor propio produce grandes efectos de ruina en el hombre, como enseña Sto. Tomás, especialmente hiriendo las dos facultades que le distinguen, la inteligencia y la voluntad, y por ambas le deja indispuerto á la asociacion con los demás. Atacada la razon por las pasiones, pierde su fuerza y su asiento, y segun se comprueba por la historia, no solamente no basta para sostener ilesos los principios más comunes de la religion natural, sino que áun la misma religion revelada encomendada á la sola razon viene á perder su virtud de hermanar á los hombres, y llega á convertirse en escollo y piedra de escándalo para dividirlos y armarlos unos contra otros. Y nada tiene de extraño, pues la razon abandonada á sí misma todo lo toca y penetra del egoismo que en ella se abriga, y el egoismo siempre ha sido la muerte de la sociedad. Así se observa que las religiones idolatras y las herejías y los cismas y los sistemas de filosofia que miran con desdén la fé divina, todos, á pesar de sus radicales diferencias, en su caracter individualista y antisocial, convienen en un efecto, en desunir á los hombres. Natural es que así suceda, pues además de la perturbacion que causan al poner en juego todas las pasiones, carecen de un criterio infalible de verdad, dejan á los hombres espuestos al cambio de ideas, multiplican entre ellos las opiniones y los inutilizan para la mútua inteligencia. Se necesita que aquella voz impotente autora de la revelacion haga

resonar constantemente sus ecos por medio de un magisterio infalible en la tierra al que confluyan todas las gentes, y que á todas sirva de vínculo de paz y de amor la palabra que el Señor nos anunció descendiendo de las moradas celestiales.

Al mismo punto vendremos á parar discurriendo sobre lo que observamos en la voluntad. Queremos el bien, pero al mismo tiempo sentimos propensiones constantes hácia el mal que nos vencen, y llevándonos á cometer la injusticia, nos ponen en el desórden, y y este desórden nos inhabilita para la sociedad. El combate entre la razon y la concupiscencia es continuo en el hombre, y habiéndose observado que la razon sucumbe si no cuenta con auxilios extraordinarios de la Providencia, se viene á concluir que la lucha entre la religion revelada que es la que proporciona esos ausilios, y las pasiones, nos ofrece el hecho más constante de la historia. Regla es esta que no dejará de darnos luz para saber valorar cualquier movimiento social, lo mismo de un pueblo que de toda la humanidad. El sobrenaturalismo y el naturalismo, que al fin se resuelve en el imperio de las pasiones, son los que se representan en todas las fórmulas de oposicion radical que reinan en el mundo. La ciudad de Dios y la ciudad terrena de S. Agustin; el hombre carnal y el hombre espiritual de que habla el mismo; el hombre terreno y el celestial; el uno de la concupiscencia y del pecado y el otro de la fé y de la gracia, como le llama S. Pablo; los hijos de la luz, los hijos de Dios, y los de las tinieblas y del siglo de que habla nuestro Salvador, son expresiones que no indican otra cosa, sino la guerra que las pasiones han hecho



siempre á la religion revelada por Dios. Póngase esta idea como punto cardinal en el movimiento de la humanidad, y todo se mirará subordinado. Si se suprime la revelacion, la historia 'pierde su principio mas fundamental, y ¿en donde se revela hoy lo sobrenatural de un modo eminente, sino en el Pontificado Romano?

Tomemos los acontecimientos desde su origen, y se verá que éste y no otro debe ser el centro de sociedad en el mundo. Lo veremos como verdad irrefragable en el orden sobrenatural, y lo deduciremos despues como consecuencia necesaria en lo natural.

Habiendo Adan prevaricado en el paraíso, quedó interrumpida su comunicacion positiva con Dios que es la que asegura la inteligencia de los hombres entre sí, pero no le abandonó la misericordia divina. Aunque por su pecado habia decaido del estado sobrenatural en que fuera constituido, Dios le dejó un hilo, digámoslo así, de comunicacion con Él. Empezó por hacerle promesas de reparacion, siguió tratando paternalmente á alguno de sus hijos y descendientes, y cuando toda la carne habia corrompido sus caminos, salvó á Noé para que en él y su familia se conservase la tradicion de las revelaciones divinas.

Desarrollando el plan de preparacion del Evangelio, formó un pueblo que fuese el depositario de sus promesas de redencion á favor de todo el linage humano, y de la estirpe más distinguida de este pueblo hizo que naciera el Libertador que reconciliando al hombre con

Dios y consigo mismo, derribase el muro que separaba los dos Testamentos, y fundiese en uno solo los dos pueblos, el judío que había sido guiado por los caminos de la luz, y el gentil que yacía sentado en las tinieblas, preparándose otro pueblo aceptable, cultivador de las buenas obras, y colocando la primera piedra para que de toda la descendencia de Adán viniera á formarse un solo redil bajo la custodia de un solo Pastor, Cristo Jesús, Pastor de los collados eternos, y su Vicario en la tierra, que á ellos conduzca á todo el que busque la verdad con sinceridad de corazón.

El Verbo divino, eterno como el Padre y Dios con el Padre, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, cuando las tinieblas no le comprendieron tomó carne humana, y haciéndose hombre sin dejar de ser hijo de Dios, é influyendo como primogénito entre muchos hermanos en la humanidad redimida, nos elevó á hijos adoptivos del mismo Dios, quedando establecida entre todos los hombres y con Dios una unidad que tiene por fundamento y ejemplar supereminente la que existe entre las tres divinas personas.

Creyendo en Él, y recibiendo su gracia, vamos al Padre. Y siendo la fe en Jesucristo hijo de Dios vivo la que nos lleva á esta divina unión, la infundió ante todo en S. Pedro, á quien eligió como piedra fundamental de su Iglesia, forma de sociedad universal, mística ciudad de Dios que se prepara en la tierra sin mancha ni arruga, para exhibirse gloriosa en el cielo. Jesucristo, piedra angular de la Iglesia, sentado con aquella humanidad que recibiera de una hija de Adán á la diestra de Dios Padre, y S. Pedro y sus sucesores dando asiento á la humanidad creyente en la tie-

rra, son los dos extremos dentro de los cuales se verifica la union de todos los hombres capaces de la bienaventuranza, cualesquiera que sean el siglo y el pueblo á que pertenezcan. Jesucristo realiza la unidad humana en los cielos y en la tierra, dándola un fundamento, un centro visible por el primado de San Pedro. Era el predestinado para cabeza del género humano, por Él hizo Dios los siglos, y al través de todos ellos, su nombre será bendito, su fé será la vida y la felicidad de los pueblos, y su representante en el mundo se elevará sobre todas las dignidades y poderes que en él existen.

El Pontificado supremo que nuestro divino Salvador confirió á S. Pedro, aparecerá siempre en el punto más culminante de la historia de la religión verdadera. Los Santos Padres le atribuyen sin vacilar toda la significacion del antiguo y del nuevo testamento. Para ellos, el Romano Pontífice como jefe de la familia constituida por el nuevo Adán, Jesucristo, es como Noé, porque reune en el arca de la Iglesia á todos los que se han de salvar del diluvio del pecado; es como Abraham por su patriarcado sobre todos los creyentes; es como Moisés porque comunicando de una manera más íntima con Jesucristo, desciende del monte santo para promulgar la ley del Señor al pueblo libertado de la esclavitud de la culpa; es como Samuel, que anuncia las ordenaciones de Dios lo mismo á los reyes que á los pueblos. Y pasando al nuevo testamento en donde tan alta dignidad tiene su base, ¿á quién puede extrañar le concedan toda la autoridad que en él se contiene? Unos le llaman heredero de los Apóstoles y otros jefe del Apostolado, á quien el Salvador con-

firió el encargo de confirmar á sus hermanos en la fé.

Y á nadie debe parecer fingida tanta importancia, pues está en exacta conformidad con el ser de la Iglesia. Esta es la grande obra de los siglos, la primera maravilla de la sabiduría y amor de Dios en el orden visible, despues de la Encarnacion del Verbo divino. Ella entra en el significado de todas las figuras, en el objeto de todos los anuncios y promesas de ventura que se venian haciendo al linaje perdido de Adan. En ella y por ella se realiza y se cumple el pacto sempiterno hecho por Dios en favor de la humanidad, ofreciéndole clemencia, paz y misericordia en vista de su arco que aparecería en las nuves, que no es sino Jesucristo crucificado y exaltado hasta su trono en el cielo; es el tabernáculo en donde Dios habita con los hombres; la tienda descrita en vision por Isaias, cuyos pabellones se estienden hasta los términos de la tierra; es la nueva Jerusalem de donde salen la ley y la palabra del Señor; es el reino de Jesucristo, y en él ha concedido el Salvador á Pedro y á sus sucesores la vara de la virtud y el cetro de la justicia, para que rijan las gentes y las guien á la felicidad eterna del cielo.

No es fácil ponderar el valor de la dignidad concedida á S. Pedro en la Iglesia. Mucho supondría esta autoridad en una sociedad formada por medios naturales, pero atendida la índole de la que formó Jesucristo en la Iglesia, la importancia crece hasta lo inconcebible. Porque hay que considerar que en la Iglesia la voluntad de Jesucristo es todo. En las sociedades del orden natural, la autoridad se impone como condicion esencial: ó viene determinada por la natu-

raleza, ó se crea por una necesidad de razon. En las sobrenaturales, porque son formadas inmediatamente por Dios, razon eterna y Señor de todo lo que existe, la autoridad ni se crea, ni se impone, sino que está con Él, y si alguno es puesto en su lugar, no hace sus veces como representante de la autoridad, sino que es autoridad como representante de Él mismo. Así lo es el Papa como Vicario de Jesucristo en la Iglesia.

Aún podemos ir más adelante en el conocimiento de esa representacion misteriosa, toda divina. La Iglesia es verdaderamente una continuacion de la obra del Redentor. El Verbo unido á la naturaleza humana y hecho cabeza de la humanidad redimida, la preside, la rige y la vivifica con las gracias que mereció. Él es la cabeza de este su cuerpo místico. Mas, omnipotente é infinito como és, dispuso la marcha de su obra de modo que, apareciéndo Él en el cielo glorioso á la diestra del Padre, la Iglesia militante en la tierra fuese regida visiblemente por su Vicario á quien invisiblemente asiste de una manera singular, haciéndole órgano seguro de sus inspiraciones, dispensador de las gracias de la redencion y árbitro para juzgar en la tierra de lo que á Dios corresponde juzgar en el cielo. Si en ese cuerpo místico que tan admirablemente nos describe el Apostol, coligado y unido por toda soyuntura por donde se le suministra el alimento, los hombres se incorporan á Jesucristo, lo tienen que hacer por medio del Romano Pontífice, á quien en la persona de S. Pedro se unió el Salvador con una caridad preferente y más estrecha que con los demás hombres. Así por el Pontificado todo resulta divino y unido en la Iglesia, como dice Bossuet.

Solamente con ideas inexactas ó trastornadas respecto de la Iglesia se podrá sentir resistencia para admitir en el Romano Pontífice esa posición y poder singulares y eminentes que en la misma le corresponden. O su soberanía es una secuela de la del mismo Jesucristo, ó el misterio de unión del Redentor con el linaje humano no se verifica como Él mismo lo reveló. Pero las ideas bajas sobre el valor del Pontificado Romano no han tenido origen en la Iglesia, sino que han sido traídas por los vientos de la herejía. Los Padres y los Concilios, por el contrario, no temen escederse en sus afirmaciones, y nos han dejado fórmulas del más alto sentido cristiano para expresar esta potestad única y soberana. El concilio de Calcedonia dirigiéndose á San Leon Magno le califica con el dictado de Padre de los Padres, supremo Pontífice de los Obispos y soberano Sacerdote. S. Inocencio, escribiendo al concilio de Milevis, se denomina Jefe de la Iglesia del mundo. San Cipriano con su habitual energía y profundidad llama al Papa Obispo elevado á la cumbre Apostólica, é igualmente los otros Padres siempre usan un lenguaje conforme con la idea de esta potestad exclusiva y suprema, apellidándole Pastor del aprisco de Jesucristo, Pontífice llamado á la plenitud del poder, Clavero de la casa de Dios.

Su cátedra, por lo tanto, es la cátedra principal de donde dimanen los derechos de la veneranda comunión de la Iglesia, como enseña el concilio de Aquileya, Sede sobre la cual edificó Jesucristo la Iglesia universal, como dice S. Damaso, hasta el punto de proclamar en absoluto S. Ambrosio que donde está Pedro está la Iglesia, porque el Romano Pontífice, segun

S. Marcelino Papa, es el punto cardinal en ella. Está bien comprendida la grandeza de esta institucion por Belarmino cuando dice que, en la Iglesia de Dios, al tratarse del Pontificado Romano, *de summa rei agitur*, se trata del todo de la cosa, porque como explica el concilio Vaticano, en el primado de S. Pedro *tota vis et Ecclesie soliditas consistit*, consiste toda la fuerza y solidez de la Iglesia.

No realzan menos el valor del Pontificado cuando hablan de la infalibilidad de que está adornado. No diremos con De Maistre que á la autoridad soberana se une la infalibilidad verdadera ó convencional, raciocinio que á lo sumo estaria en su lugar si se tratase de personas ó instituciones en lo humano, pues á los hombres, como que no poseen esencialmente la verdad, ésta se les impone y produce entre ellos una autoridad irresistible. En la dignidad del Romano Pontificado todo hay que atribuirlo á su naturaleza divina, y así como en María Santísima todo se razona por ser Madre de Dios, en el Romano Pontífice todo tiene su razon en ser Vicario de Jesucristo Dios y Hombre. A esto se debe su autoridad inexplicable, á esto su infalibilidad tan impropia de los hombres. Si Jesucristo hizo á S. Pedro su Vicario, no solo le confirió el cargo de Jefe con autoridad soberana, sino el de Maestro con magisterio infalible. La obra que á nombre de Jesucristo continúa es obra de verdad y caridad, y por ello Cristo rogó por él para que no faltase su fé, y probó su caridad á la vista de los demás discípulos como superior á la de todos, y él no puede ménos de enseñar la verdad y apacentar las ovejas con los frutos de la redencion. Así con propiedad, no solo se le procla-

ma fuente apostólica en el lenguaje de S. Ignacio Martir, sino que S. Juan Crisóstomo le denomina boca de los Apóstoles y hasta boca de Jesucristo, y su cátedra es tenida como puerto seguro de toda la comunión católica según el Concilio Romano celebrado por San Gelasio, y como Iglesia principal á la cual, según San Cipriano, no puede tener acceso la perfidia. Ella no solo se presenta vírgen de herejía, como observa Bossuet, sino que todas las herejías han recibido de la misma el golpe de muerte.

Y si la autoridad única y soberana, y la verdad poseída indefectiblemente con privilegio exclusivo no pueden ménos de unir, ¿quién podrá disputar á la Cátedra Romana el ser el centro supremo de unidad en el mundo? Suprema es la idea que representa, la idea religiosa; supremo el magisterio con que la enseña; suprema la autoridad con que la hace práctica, y en tal grado será capaz de unir á los hombres, puesto que á todos domina este género de verdades. Así San Cipriano la llama origen de la unidad sacerdotal, y por tanto vínculo de la unidad en general. El comunicar con el Romano Pontífice, añade, es comunicar con la unidad de la Iglesia, de tal modo que las herejías no proceden de otra causa, sino de que se corta la comunicacion con la Cátedra de S. Pedro. La Iglesia Romana es aquel monte que según la profecía de Isaias, se eleva en los últimos días sobre todos los collados, cuya cima á nadie se oculta, y al cual tienen que recurrir todas las gentes. Siendo fuente de verdad, ha de ser principio de movimiento y de vida, é influir como ningun otro principio en la marcha del género humano. Jesucristo nos mueve y une de lo

alto, y no hay virtud sobre su virtud, ni poder sobre su poder, porque ha merecido por su oracion y sacrificio como Redentor, que se le hayan entregado todas las naciones por herencia.

II.

¡Cuán inmenso y cuán poco apreciado es todavía A. H., el valor del Pontificado Supremo como institucion social! Es digno de lamentarse el que no se haya reflexionado más sobre la virtud y fuerza de asociacion que le es propia. Tantos esfuerzos de inteligencia, tan prolijos trabajos de observacion y análisis como se están haciendo por conocer la sociedad, son en su mayor parte perdidos, por colocarse sus autores fuera del catolicismo. Al contrario; ¡qué resultados tan portentosos no podrian conseguirse, si partiendo del conocimiento de éste que podemos llamar centro capital de la asociacion humana, se buscase el modo de dar asiento, desarrollo y eficacia á la vida social! Esto es lo que ahora pretendemos demostrar descendiendo de las alturas de lo sobrenatural, y examinando los bienes que de esa constitucion divina de la Iglesia se derivan al órden social que brota de la naturaleza. Efectivamente, la sociedad, en cuanto es la union de séres racionales que con conciencia y libre albedrío buscan su felicidad eterna, debe reconocer en la Iglesia y su Pontificado supremo su mejor apoyo, el poder que mejor promueve sus intereses entre todos los de la tierra. Esta es una excelencia del cristianismo que llama la atencion de un modo especial en la época presente.

El hombre es á no dudar lo más grande y respetable que hay en el mundo visible, pero mas grande que el hombre son los hombres reunidos, es la humanidad. Y para que la humanidad constituida por Dios viva como tal y cumpla sus destinos, es preciso que entre los hombres se establezca comunidad de ideas, de intereses, de afectos y de esfuerzos, es necesaria, en fin, la sociedad humana. No habiendo tenido Dios por bueno que el hombre estuviese solo, gran parte de su naturaleza la dispuso para la union, gran parte de su vida y perfeccionamiento depende de esta union, y hasta en el cielo la union de los bienaventurados entre sí ha de contribuir á su felicidad, pues la gloria que sobre cada uno hace brillar la vista de la divinidad en lo esencial, será reflejada sobre los otros para aumento de su eterno goce.

Por esto en el mundo no se ha sabido concebir empresa más grandiosa que la de unir á todos los hombres en una misma idea, en una misma marcha, en un mismo gobierno, y por aquí se han declarado las ambiciones más notables entre los conquistadores y reformistas. Todos ellos, sin embargo, han pretendido una cosa superior á sus facultades, todos han edificado sobre cimientos insubsistentes.

¡Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum! No hay cosa más digna de la admiracion de un entendimiento claro, ni de las complacencias de un corazon bueno, que el ver cómo un gran número de seres inteligentes y libres se comunican, se aman y se unen en sus aspiraciones y en su vida, para recorrer su camino y conseguir la felicidad. Puesto que Dios nos ha criado para la sociedad, y por lo tanto

nos ha dotado de una naturaleza semejante; puesto que ha hecho necesarios en el hombre los primeros principios porque se rige la inteligencia, los impulsos fundamentales por donde se mueve la voluntad; puesto que todos sentimos tendencias uniformes, y al levantar la vista de este polvo que huellan nuestros piés, suspiramos por un fin que nos haga dichosos fuera del órden criado; y por otra parte, siendo así que, á pesar de esta uniformidad que regula inteligencias y voluntades, nos ha dejado la libertad para buscar la diferencia allí donde la unidad no se impone ¿qué cosa más natural para el hombre, qué cosa más humana, y por lo tanto más grandiosa y sublime en el mundo, que una union, por la cual todos, sin perjuicio de sus diversas condiciones individuales, piensen lo mismo, quieran lo mismo y conspiren voluntariamente al mismo fin? Pues esta comunidad de ideas y de sentimientos, esta union íntima de voluntades y de afectos, en una palabra, la asociacion del hombre como ser racional, nada la puede producir en general sino la religion conservada y esplicada por el magisterio divino de la Iglesia. Fijadas las ideas religiosas, por ellas el hombre conoce á los demás segun se conoce á sí mismo, les ama segun se ama, quiere para ellos lo que quiere para sí, todos se auxilian mutuamente, y nadie desconfia de su prójimo, y nadie se reserva, por que cada cual sabe lo que piensan y quieren los demás, y nadie niega sus esfuerzos para conseguir el bien comun, porque esto sería negarse á sí propio. Por eso la Iglesia en que el órden cristiano se hace visible es la más elevada, la más perfecta forma de sociedad universal, y el Pontificado que la comuni-

ca con su autoridad soberana es la mayor virtud para congregar, el verdadero centro para unir á los hombres. Sociedad hija del cielo, desciende sobre la tierra maravillosamente preparada, é interesando la conciencia y el amor de los hombres, acoge la sociedad en que la naturaleza los ha juntado, y la purifica, vigoriza y eleva, haciéndola servir al fin sobrenatural á que el hombre ha sido destinado.

Mas ¿cómo la Iglesia obra esta maravilla? ¿cómo esa unidad divina sobrenatural de que en la primera parte de esta instruccion la hemos visto adornada por virtud del Pontificado Romano, puede participarse á la sociedad natural hasta unirla á su misma marcha? No sería propio, V. H. y A. H., del ministerio pastoral que estamos ejerciendo al dirigiros la palabra, ocupar vuestra atencion con teorías y disquisiciones filosóficas para demostrar la combinacion de las dos sociedades divina y humana, espiritual y temporal. Deseando ser útil á todos con nuestro magisterio, debemos preferir apoyarnos en ideas que son comunmente conocidas para venir á parar á ese resultado.

Es obvio en primer lugar que la Iglesia está puesta en el mundo como maestra de la fé y de las costumbres, y supuesto que la religion y la moral entran como parte principal en la suerte de la sociedad humana, hé ahí el primer medio de influencia de la Iglesia sobre la misma sociedad.

Esta influencia en el órden de las ideas es ciertamente poderosa; se puede decir que su magisterio preside al humano saber, y que la ciencia posee en él su mejor garantía para no perder su unidad, su fuerza y esplendor. Unidos los primeros principios á la doctrina

del Evangelio, mientras ésta se conserve inalterable, inalterables serán tambien los fundamentos de la ciencia; y puede haber vínculo más poderoso para unir á los hombres que la comunidad de ideas en aquello que más les interesa, como es lo que se refiere á su principio y á su fin? Con esto la razon humana tiene asegurada su marcha á través de todos los siglos, y cuantos datos recoja y cuantos conocimientos conquiste en su laboriosa é incesante tarea, todo vendrá con la mayor naturalidad á amoldarse sobre la base de esos eternos principios que guarda la Iglesia. No haya temor en asegurar que la razon siempre vive y nunca decae bajo el amparo del magisterio cristiano ¡Cuan inmenso beneficio no la ha prestado nuestro Santísimo Padre, el sábio y magnánimo Leon XIII, cuando al ver los ánimos desengañados despues de tantas ilusiones y abatidos despues de tantas fatigas, los ha llamado resueltamente á la filosofía católica que es el centro de todo movimiento racional, restableciendo en las escuelas la pureza de las doctrinas del Doctor Angélico tan felicísimo en recoger, ordenar y cultivar el patrimonio de la razon y ponerlo á cubierto bajo la salvaguardia de la revelacion!

Però más une todavía el magisterio de la Iglesia por la nocion invariable y clara que mantiene del bien y del mal. El Evangelio no hace sino perfeccionar sobrenaturalmente la ley natural; y así quien defiende la pureza del Evangelio, no puede ménos de mantener en toda su rectitud las nociones de la moral, y cualesquiera que sean los errores y adulteraciones que traigan consigo la debilidad de los hombres y las circunstancias de los tiempos, en la Iglesia, y especialmente

en el magisterio infalible del Romano Pontífice, hallarán siempre los individuos y las sociedades una fuente donde beber puras las doctrinas que enseñan á obrar con rectitud y huir de la injusticia. Y, si á pesar de los esfuerzos que los incrédulos vienen haciendo por distinguir hasta separarlos la moral del derecho, absurda y monstruosa teoría que dejaría al mundo privado de justicia, el sentido comun sostiene que no puede prevalecer en el regimen de las naciones sino aquello que la moral reconoce como bueno, infiérese cuánto ha de contribuir la Iglesia á la union de los pueblos manteniendo intemerados los principios en que el derecho se funda.

Mas no consiste en esto solo la fuerza unificadora de la Iglesia en la sociedad. Si es mucha la que le dán las doctrinas que indefectiblemente posee é infaliblemente aplica, es al mismo tiempo considerable la que proviene de la autoridad divina que ostenta. Ésta hará que sea de todos atendida. Enseña y obra á nombre de Dios, y la representacion de Dios tiene de suyo el no pasar inadvertida para nadie. Entre los hombres que reflexionan, ninguno olvida á Dios ni aun el que pretende ser ateo, y quien á su nombre manda, no puede ser escuchado con indiferencia. Para respetarle ó contradecirle todos dirigirán la vista hácia él.

Por fin, aunque no sea de efecto inmediato sinó entre los creyentes, es bien para notarse la virtud de union que á la Iglesia asiste como dispensadora de las gracias que nos unen con Dios. Ese aliento de vida que constantemente la infunde el Espíritu consolador segun las promesas de Jesucristo ¿no será un medio divinamente eficaz para unir las inteligencias y los corazones de los

que creen, producir en ellos las virtudes mas admirables y atraer con ellas á los que no creen?

Nada falta á la Iglesia para ser base y principio de la sociedad humana, mejor dicho, Dios ha dispuesto que la sociedad de todos los hombres, aun para ser perfecta en el órden natural, necesite combinarse con la Iglesia. Si, segun enseña nuestro venerado pontifice Leon XIII en sus magníficas encíclicas *Arcanum* y *Diuturnum illud*, Jesucristo vino, á la vez que á restaurar el órden sobrenatural, á perfeccionar el natural en cuanto con aquel se relaciona, ¿no habia de perfeccionar la sociedad civil por la que el hombre puede desarrollar tan preciosas fuerzas de naturaleza y ejercitar tan altas virtudes?

Así ha llegado á suceder que hoy el catolicismo llama ya la atencion de todo hombre que de pensador se precie. Es como el astro del dia que hace llegar su luz al horizonte que no descubre, y aún á aquellos que volviéndole la espalda huyen de su luz, les guia por su propia sombra. De su Autor dice el Profeta Rey, que puso en el sol su tabernáculo y que corriendo cual gigante su camino por lo más alto del cielo, no hay quien se esconda de su calor, y así lo podemos asegurar de la Iglesia con quien Jesucristo está siempre.

Por el contrario, la incredulidad y la herejía, como no podía menos de suceder, se han acreditado de impotentes para dar base á la humanidad, lo mismo en el órden de las ideas que en el de los hechos. Se han ocupado de este intento con grande entusiasmo y ahinco en los tres últimos siglos inteligencias privilegiadas, mas todas sus teorías han resultado vanas é insuficientes. Cuanto se ha predicado

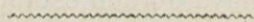
entonada y aparatosamente sobre el imperio de la razon, sobre el valor absoluto del hecho de la libertad, sobre la idea alucinadora de humanidad, está ya en el descrédito. Al fin les vemos aogerse al concepto vago é inseguro de la opinion, de la conciencia pública, á quien hacen juez inapelable de la justicia y del derecho. Mas esa opinion pública en lo que tiene de real y positivo ¿de donde procede? ¿era conocida antes de los siglos cristianos? ¿No es uno de los bienes que el cristianismo ha aportado al caudal de la civilizacion, como elocuentemente demuestra el gran pensador Balmes?

Nada valdrán sus teorías fantásticas, ni serán tomados en sério esos conceptos de humanidad que por envidia se quieren sustituir al concepto católico. No merecen sino el desden y el ridículo esa humanidad panteista factor pasivo de una totalidad tenebrosa, esa humanidad progresista ídolo colocado en el vacío, de cuyo origen no se dá razon y de cuyo fin nadie responde, esa humanidad materialista que colocada en el ápice de las maravillas del mundo, nada dice á la esperanza humana. Solamente la doctrina católica nos esplica lo que es la humanidad, dándonosla á conocer como una familia de hermanos, que teniendo su principio en Dios, sigue los rumbos de su adorable providencia, y animada por la caridad y elevada en alas de la esperanza, camina á unirse con su Autor y á engolfarse en el piélago de delicias que forma el Bien infinito.

El controversista católico recorriendo con el auxilio de la fé todas las distancias desde el origen del mundo hasta su fin, desde el más alto principio hasta el hecho más contingente, obligará á sus adversarios á que

presenten ideas y fórmulas concretas, y mientras él tiene para cada problema una solución y para cada acto una regla fija, los que no creen entretendrán á la humanidad con las palabras de civilizaci6n y progreso, pero nunca satisfarán sus ansiedades ni acertarán á ende- rezar sus esfuerzos.

En la Iglesia cat6lica basta el Pontificado Romano para resolver nuestras dudas sobre el porvenir de la sociedad. Su existencia arroja luz sobre todas las eda- des, su autoridad nos responde de la marcha del lina- ge humano. Con la virtud divina que siempre le asis- te impedirá lo mismo su estacionamiento que sus extravios. A todos los pueblos será útil tomando á cada cual en el estado en que lo encuentre, y cuando los pueblos pasen despues de llenar su mision sobre la tierra, el Pontificado subsistirá siempre, porque es un poder á quien no limitan ni los siglos ni las nacio- nes. Punto es este que no puede perderse de vista pa- ra desvanecer aprensiones acerca de la suerte de tan soberana institucion. Acostumbrados á fijarnos con preferencia en lo material, estudiamos la marcha de la humanidad por la vida de los pueblos, y dando á esta idea un valor que no alcanza, marcamos la prosperi- dad y decadencia de la Iglesia por su inteligencia, y especialmente por la de los Romanos Pontífices, con los gobiernos temporales.



Es preciso esforzarse para desvanecer la ilusion, para romper el círculo estrecho en que tal error encierra nuestros juicios. Hasta á los cat6licos fascina algunas

veces la perspectiva de lo que se llama cristiandad, y si alguna vez se descubren visos de ella, creen que la Iglesia ha perdido terreno cuando esos visos desaparecen. No hay duda que es aspiracion de la Iglesia la union de los pueblos bajo un régimen enteramente cristiano, pero esta forma tan halagüeña de la cristiandad ha de ser perfecta y con toda la extension que suponen los designios de nuestro divino Salvador; y cuándo se haya de restaurar el reino de Israel, no nos toca á nosotros investigar este momento porque Dios lo ha reservado bajo su potestad.

La diversidad de estados políticos, su aparicion y desaparicion, y sus diversas actitudes respecto de la Iglesia, aunque pueden entorpecer y retardar la obra de asociacion humana que viene realizando, no son bastantes para impedirla. Siendo la Iglesia la preparacion del reino de Dios en el mundo, los reinos de la tierra no pasan de ser medios, diversos accidentes en la vida del género humano, ordenados todos á los altos designios del Eterno. No se puede juzgar del valor social de la Iglesia por el aspecto que uno ó varios pueblos ofrezcan con relacion á ella. Estas relaciones variarán, y en medio de las alternativas que pueden sufrir, nos será dado descubrir dos hechos constantes: primero, que la Iglesia en ningun tiempo ni estado dejará de ejercer su influencia en el sentido de asociar á todos los hombres entre sí; segundo, que en aquel pueblo en donde haya obrado esta influencia, será imposible que sus huellas se borren por completo. Cada dia ménos puede ser determinado el estado social de los pueblos por sola la política que no está llamada á constituir sino uno de los móviles que impulsan las

sociedades. Los políticos tendrán que respetar mucho de lo que ha creado el cristianismo, y será irrealizable el propósito de crear un gobierno enteramente anticristiano.

El atribuir demasiada importancia á la política de los Estados para la vida de la Iglesia inducirá seguramente á trascendentales errores. Su suerte no se liga con la de ninguna nacion. El gran Bossuet tenía de la Iglesia católica una idea sublime como correspondía á su portentoso talento; mas apasionado por las glorias cristianas de la Francia (y era esta la pasión más baja que podía hacer flaquear su elevado espíritu) quiso ensalzarlas como en competencia con las de la Iglesia Romana, y esto le llevó á cometer los desaciertos que tanta lástima nos inspiran. Él aprovechando con su poderosa inteligencia las ideas de S. Cipriano y de otros Padres, entonó en la primera parte de la oración inaugural para la asamblea del Clero un himno á la unidad de la Iglesia, cual no lo habían conocido los siglos; y en las otras dos dá tanta importancia á la que llama Iglesia de Francia, que más que sometida, la quiere ver amigablemente concordada con la de Roma. El, siguiendo las huellas de S. Agustín, demuestra con la mayor brillantez en su discurso sobre la historia universal que los pueblos en los diversos accidentes de su existencia no hacen sino servir al plan de la Providencia divina para la formación de la Ciudad santa del reino de los elegidos; y como principal defensor de los acuerdos de aquella asamblea, parece que considera la suerte del catolicismo clavada al suelo francés. Él comprendió como ningún otro desde S. Vicente de Lerín, el principio de la tradición católi-

ca, esa corriente superior á todas las de la historia, que ordena y pone en comunicacion los siglos y los imperios; y enfrente de ella coloca la tradicion de la Iglesia Galicana, como si la Francia hubiera servido á la Iglesia católica lo mismo por Luis XIV y Felipe el Hermoso que por S. Luis y Carlo Magno, lo mismo en la asamblea de Paris que en la de Aquisgran, lo mismo en los concilios de Constanza y Basilea que en los de Arles, Orange, segundo de Francfort y en tantos otros donde el clero francés adquirió gloria imperecedera ayudando á los Romanos Pontifices á restablecer la disciplina eclesiástica y á organizar las cruzadas. Y adoptado este rumbo, el águila abate su vuelo, y aquella tradicion que quiere hacer prevalecer enfrente de la universal de la Iglesia, la toma de los capitulares de los reyes, y en vez de seguir contemplando á S. Pedro siempre viviendo y presidiendo en su cátedra para comunicar la verdad á los que la buscan, se dedica á señalar los pasos torcidos que han dado como hombres los que han venido soportando la soberana magestad de Vicarios de Jesucristo.

La union general por el catolicismo es un hecho superior á todos los Estados. El carácter de sobrenatural con que constantemente se presenta, exige prevalezca sobre el orden natural dentro del cual se dan todas las leyes de la política humana. La asociacion católica, aun solamente como asociacion religiosa, debia quedar por encima de la accion y suerte de los Estados políticos. Si la ciencia une á los hombres salvando las fronteras de las naciones, á pesar de tener su fin dentro del orden criado y estar tan sujeta para sus progresos á la protec-

cion del gobierno temporal; si hay tantas profesiones que son capaces de producir asociaciones universales; si hasta el comercio de intereses materiales establece ese género de comunicacion en el mundo, ¿no lo ha de realizar la idea religiosa, la más alta de todas, la que afecta á lo que hay de más sagrado é independiente en el hombre?

Pues si por su naturaleza la religion no debe quedar sometida á los límites de un Estado, importa mucho más la voluntad adorable de su divino Autor, que salvando todas las fronteras y todos los siglos, quise unir en un solo pueblo á todos los que con espíritu recto aceptasen su ley. Y así es que prescindiendo de los Estados y luchando contra ellos se ha establecido la Iglesia, y mientras ella vive y prospera, se han ido deslizando en el abismo de lo que fué unos tras otros, y sólo por prescribir á casi todos los que hoy existen, tendría bastante derecho á ser respetada en el mundo. Mas ¿será por ésto, que para la religion, á causa de su superioridad y naturaleza divina sea indiferente la independencia, solidaridad y suerte de las naciones? Tan lejos está de impedir su formacion, que ella es su mejor auxiliar, y nada hay como la idea cristiana para levantar y dirigir el sentimiento de la pátria. Tiene ésto tan presente la Iglesia que no considera perfecta la asociacion humana, mientras que su accion no se combine debidamente con la del poder civil. El punto culminante de la civilizacion consiste precisamente en la armonía entre la Iglesia y el Estado.

Entonces todas las fuerzas se aprovechan en la sociedad y todas obran en el sentido de la perfeccion

humana, las espirituales aplicadas por la Iglesia y las materiales regidas por el Estado. Ambos poderes se auxilian, obrando cada uno segun su naturaleza, sin que pueda decirse quien sirve á quien; ó mejor dicho, aquél sirve más que mayores bienes produce en la accion comun. ¿Quién sirve más en el compuesto humano, el alma ó el cuerpo? Si el mayor servicio se ha de apreciar por la mayor alteza y dignidad de los bienes que produce, así como tambien por los mayores sacrificios que para producirlos se impone, es indudable que el alma, dirigiendo al cuerpo que la sustenta y participando de todos sus dolores y sufrimientos, produce bienes más altos y se sacrifica por el hombre más que el cuerpo mismo aisladamente considerado. A este modo la Iglesia que representa en la sociedad humana el elemento racional inseparable del religioso, sufre más por ella que el Estado, porque está más en sus necesidades y la procura bienes tanto más de estimar, cuanto lo espiritual supera á lo puramente material, y lo moral á lo terreno y temporal. Colocado cada poder en su lugar es como sirven ambos. La suplantacion así como la separacion son imposibles, porque la sociedad á quien sirven ambos poderes no las tolera; se resiente indefectiblemente. Sucede al Estado con la Iglesia, lo que al hombre con todos los agentes superiores á cuya influencia puede poner obstáculos, mas no disponer de ella, sino que más bien aprovecha su virtud sometiéndose á las condiciones con que segun su naturaleza obran en él. Puede privarse de la luz cerrando los ojos, puede contener la respiracion hasta asfisiarse; mas si ha de disfrutar estos bienes, habrá de permitir dominen su

organismo, y para servirse de ellos les tendrá que servir.

Parece que Dios se propuso ofrecer desde luego á la Iglesia el problema de inteligencia con el Estado civil, cuando al establecerla tenía levantado aquel coloso de poder que no han vuelto á conocer los siglos, rodeado y servido de todos los recursos que el ingenio y la industria humana pueden producir para la civilizacion de los pueblos. Ante el representante de ese poder hace que aparezca su Vicario, quien, siendo un pobre pescador, le propone una alianza que al fin habia de admitir aquél cambiando su modo de ser. Con una providencia que cada vez se reconoce más admirable quiso Dios dar desde luego una prueba de que el poder de la religion cristiana era superior al de todos los elementos humanos, y que á todos era capaz de mejorarlos y realzar su valor. Habia hecho que todo llegase á su mayor apogeo entre los paganos. A la vista del mediterraneo, de este mar privilegiado, que desde la antigüedad viene siendo el centro del movimiento del mundo, en sus costas septentrionales sobre las cuales envia sus auras de vida, las ciencias y las artes florecieron de una manera prodigiosa, merced al génio de los griegos, que habiendo pedido al Oriente todos los elementos de saber que en sus tradiciones guardaba, les dieron organizacion, desarrollo y esplendor; y este rico patrimonio pasa despues á Roma para hacer más glorioso aquel poder político que en fuerza de luchas, y empleando todo género de artes, se habia levantado sobre la ruina de todas las naciones á que su influencia pudo alcanzar. Pues enfrente de Roma poderosa y de

Gracia sábia, ambas en decaimiento por su corrupcion moral, se presenta el cristianismo y con un trabajo lento pero de resultado seguro, cambia la religion, y con la religion la moral que le vá unida, y la ciencia que la sirve inmediatamente, y al cabo de una lucha de tres siglos, somete tambien el poder civil, extendiendo su accion hasta la política. Desde la conversion de Constantino, este fué uno de los objetos á que los sucesores de S. Pedro consagraron una atencion preferente, dando á conocer en ello la alta virtud del Pontificado supremo recibido de Jesucristo. ¡Y cuán interminable materia de estudio nos ofrece la conducta del Pontificado en este punto! Aunque el poder civil se haya empeñado en rehuir su accion, aunque haya tomado la odiosa tarea de combatirle, en pueblos cultos como en pueblos bárbaros, cualquiera que haya sido su situacion y su índole, los Romanos Pontífices no han olvidado que hasta él debian hacer llegar los beneficios de su mision. Sus trabajos para realizar tan alta empresa nos ofrecen la comprobacion mas satisfactoria de cuanto dejamos expuesto sobre la perfeccion que la sociedad humana recibe de la sociedad catolica.

Los Papas han procurado ante todo hacer justo el poder secular, han buscado despues su apoyo para promover con más efecto el bien espiritual en los pueblos, y al perseguir este doble objeto, han contribuido á uniformar en ellos la política y á relacionarlos entre sí. Sabido es el celo con que los Papas atendieron á la reforma del derecho romano, que, si para el órden privado habia llegado á determinar y aplicar la justicia como no se habia conocido

hasta entonces, respecto del orden público, no solo no habia corregido las aberraciones de sociedades más antiguas, sino que las habia aumentado. Hicieron entender á los Émperadores que su primera obligacion para con Dios y para con la sociedad era la de defender la religion, y en consonancia con este deber que les intimaban, les rodearon de grandes respetos y les conciliaron una veneracion que no habian alcanzado los príncipes gentiles con todas sus usurpaciones en el orden religioso. Y así colocado el Emperador cerca del Pontífice, la representacion del orden social era completa, y dentro de él podian unirse todos los hombres para buscar tanto la felicidad temporal como la eterna.

Mas esta unidad habia de desaparecer. Los Emperadores de oriente, cuando ya quedaron solos como herederos de los privilegios de Constantino y de Teodosio, no oyeron los llamamientos paternales que les dirigian los Papas para que viniesen á defender la Italia contra los bárbaros, sino que pagando con ingratitudes las consideraciones que les guardaban, y dejándose llevar de los resabios paganos, se dieron á disponer de las cosas religiosas, hasta venir á consumir el mayor crimen social que se conoce, el cisma. Los Pontífices no pudieron menos de volver los ojos al occidente, y viendo que entre los Francos se elevaba un poder capaz de continuar la mision que la Iglesia habia señalado al imperio romano, aceptaron su apoyo y quedó constituido el sacro imperio, que al lado de la Iglesia debia ser su principal auxiliar para hacer prosperar la fé y la civilizacion cristiana. Y aunque muerto Carlo-Magno quedó ma-

lamente dividido su imperio, allí donde conocian los Papas el derecho de primer defensor de la Iglesia, allí respetaban la alta dignidad de rey de Romanos, aunque con frecuencia los investidos con tan alta representacion se sirvieran de la preponderancia que les daba para hacer la guerra á la misma Silla Apostólica. Por espacio de más de un siglo sufrieron en Italia las exigencias y perturbaciones de los príncipes que aspiraban no solo al predominio en lo civil, sino tambien á la usurpacion de los derechos de la Iglesia, viéndose los Papas comprometidos, indignamente tratados, y lo que es peor, impedidos de desarrollar los gérmenes de civilizacion que lleva consigo el cristianismo, siendo esta la causa principal de aquellas tinieblas que tanto se pregonan del siglo décimo, pero que nunca dominaron en derredor de la Catedra de San Pedro. Y áun siendo tan desventajosa la compañía, no negaron la corona imperial y los honores que á ella iban anejos á los duques de Friul ó de Espoleto ó á cualquier otro príncipe en quien se hacia más evidente el derecho. Igual consecuencia guardaron con los Emperadores de Alemania cuando pasó á ellos esta dignidad. Los Papas, atendiendo más á su deber de dar unidad y asiento á la sociedad cristiana, que á la gratitud y merecimientos de aquellos príncipes, no dejaron de considerarles como centro de la cristiandad, áun cuando sus intrusiones en materias de disciplina eclesiástica, y su ambicion constante de dominar la Italia, tuvieran [á] los Pontífices en una lucha casi continua. Continuaron sin desmayar su mision organizadora, y llegando á cristianizar por completo el derecho público, se hizo patente en tiempo de Inocencio III

y sus sucesores, cómo el poder que descendió del Calvario y el acumulado en la Roma pagana estaban destinados á hermanarse para dar á la sociedad humana la perfeccion á que está destinada.

Pero Dios que hizo sanables las naciones por el cristianismo; no las hizo invulnerables al orgullo y á la concupiscencia, y en sus mismas caidas y retrocesos tienen que cumplir los altos designios del Eterno, cuya voluntad sale siempre triunfante de los que se empeñan en contradecirla. Cuando los pueblos, conseguida la organizacion y el órden, empezaron á gozar de mayores comodidades, la holgura les hizo daño llevándolos á buscar libertades contra la ley de Dios. Recurrieron á las fuentes paganas, y gustando de sus licencias, para disfrutarlas con seguridad, procuraron resucitar el derecho público romano, por cuya rectificacion tanto habian trabajado los Papas. Ya no como soldados que todo lo fían á la fuerza bruta, sino como pensadores que presumian de ilustrados, empezaron aquellos príncipes á disputar sus derechos á la Iglesia, empleando al efecto las teorías del derecho gentilico, cuyo valor les ponderaban los leguleyos. Es una ley, con raras excepciones, que las costumbres de los pueblos se forman en gran parte segun la justicia con que se conducen sus gobiernos, y que á la vez en pueblos de costumbres libres, dificilmente se sostienen gobiernos justos. Por eso al mismo tiempo que vemos á los príncipes de los siglos XIV y XV rebelarse contra la autoridad de la Iglesia que imponia el órden en nombre de Dios, los pueblos pierden la firmeza en la fé y la pureza de costumbres, las dis-

putas en materias de religion se hacen más porfiadas, se inventan nuevas fórmulas y cada vez más avanzadas para sostener el doble intento de la heregía desde el siglo XIII, esto es, la justificacion del vicio y la negacion de la gerarquía eclesiástica, se mira con repugnancia la severidad de las sublimes artes cristianas, y la política de los romanos en la época de su mayor perversion, que ya habia sido encomiada cerca de dos siglos antes por Pedro de Vignes en su libro sobre las *Leyes de Sicilia*, es proclamada sin rebozo por el cinico Maquiavelo.

En la misma Italia, en donde por la residencia de los Pontífices se habia acumulado mayor caudal de ilustracion, y en la que por su más fácil comunicacion con el Oriente y por la buena acogida dispensada á los emigrados de Constantinopla, habia renacido con más fuerza el gusto de las artes paganas, se hubiera acaso iniciado el movimiento de protesta contra el órden cristiano, á no estar la fé más arraigada y defendida de cerca por los Papas. Mas en Alemania, donde habia muchos hábitos de lucha contra la autoridad pontificia, bastó en aquella época de tantas presunciones el desenfado de Lutero secundado por algunos discolos ó disolutos, para que estallase la rebelion, que se propagó á todo el norte de Europa, contra la autoridad de la Iglesia en primer término, pero en definitiva contra la ley de Dios, pues si Lutero no hubiera sido bastante desvergonzado para sustentar máximas con que se cohonestasen los crímenes sin perder las apariencias religiosas, no hubiese tenido su voz la resonancia que tuvo.

En medio de este trastorno, que produjo un levanta-

tamiento por tantos modos preparado, no hubo ambicioso ni libertino que no viese una ocasion propicia para realizar sus intentos. Los clérigos mal avenidos con la obediencia, los religiosos á quienes se hacian molestas las ligaduras de sus votos, los señores feudales que pretendian sacudir ó aligerar el yugo de una autoridad superior, los reyes que no habian sabido dominar sus pasiones y que las sentian todavia con la violencia de la barbarie, y todos los que codiciaban enriquecerse con los bienes de la Iglesia siguieron aquel impulso, y Europa entró en un periodo que ya no ha permitido á los Romanos Pontífices ejercer su mision de una manera ordenada y procurar con la eficacia de siempre dar unidad política á las naciones desde el centro de la unidad religiosa.

¿Pero es que por ello la influencia de los Papas ha sido menor en el mundo? No lo debemos creer. El Pontificado se instituyó para que con su autoridad y su caridad abrazase á todo el mundo, y habiendo Dios señalado el siglo XVI como uno de los momentos en que mayor trasformacion habia de sufrir la sociedad humana, tambien hizo ver que su Iglesia atesoraba fuerzas para resistir la prueba y para continuar, si cabe, con mayor efecto la empresa de salvacion que le tiene confiada. La insurreccion del protestantismo llevando un espíritu desmedido de independenciamismo lo mismo al órden religioso que al científico, moral y político, ha conmovido y perturbado la sociedad haciendo muy dificultosa la marcha uniforme y progresiva que le imprime el catolicismo; mas no por esto se ha anulado la

accion de éste, pues lo que ha perdido en eficacia en la Europa lo ha ganado en extension por todo el orbe. Diríamos ser designos de Dios que los Romanos Pontifices levantasen la mano de la direccion de los pueblos **germanos**, en cuya civilizacion tanto habian trabajado, para que trazasen las líneas generales, bajo las cuales se habia de establecer la unidad de todo el humano linage. Era llegada la hora en que se establecieran las bases para reconstituirse la verdadera humanidad, y de que las gentes dispersas al pié de la torre de Babel volvieran á entenderse, despues que el gran pecado de soberbia que les llevó á construir aquella torre habia sido espiado por quien, siendo Dios, se humilló hasta sufrir muerte de cruz por el hombre.

Entonces los sucesores de S. Pedro, siguiendo con su mirada las expediciones marítimas de las dos naciones ibéricas, vieron abrirse nuevos horizontes á donde habia que llevar los frutos de la redencion de Jesucristo; y esas mismas naciones, enseñadas á pelear á la sombra de la cruz y á sacar de su contemplacion la mayor fuerza para triunfar en los combates, pusieron la fé como primer lema de su bandera, y de su establecimiento hicieron la primera aspiracion en sus conquistas. Y no solo ofrecian á la Iglesia la posesion de un mundo nuevo, sino que en el antiguo removian el mayor obstáculo para la propagacion del Evangelio, quebrantando la pujanza de la dominacion musulmana en Oran, Tunez y Lepanto, á fin de dejar espedita la comunicacion con el oriente, mientras por occidente venian á dar vuelta al orbe, para que todo él fuese invadido y lleno del espíritu del Señor como estaba anunciado proféticamente. Los Romanos

Pontífices con grande gozo las alentaban, las bendecían, resolvían paternalmente sus cuestiones, las colmaban de privilegios y al considerar que con su apoyo las misiones cristianas se estendían por toda la redondez de la tierra, no era para ellos gran empresa la constitución del sacro romano imperio, al ver dibujarse los contornos de aquel pueblo que, compuesto de todas las naciones, ha de ser el pueblo aceptable seguidor de las buenas obras, por cuya formación el Redentor entregó su vida.

Ni el mismo terreno en donde se enseñoreó la nefanda protesta, fué perdido por completo para la autoridad de los Papas. Los enemigos del Pontificado han huido de estudiar este punto, mas por lo mismo debe escitar el interés de los que le amamos. En primer lugar, los católicos que quedaron envueltos entre los protestantes han resistido lo mismo la seducción y los halagos, que las amenazas y persecuciones más crueles con un heroísmo tal, que constituye una de las páginas brillantísimas en los anales de la Iglesia. Su sangre y sus lágrimas no se perdieron al caer, sino que han hecho brotar con más fuerza las semillas de la religion; y hoy aquellas Iglesias merecen las bendiciones y la predilección de los Papas, y están ofreciendo saludables ejemplos á toda la cristiandad. Los caminos del Señor son investigables. Hasta el mismo espíritu de codicia, que no podía ménos de producir el naturalismo en que viene á reasumirse el sistema protestante y todas sus consecuencias, ha servido para franquear las naciones idólatras á nuestros misioneros, cuando los heterodoxos han prescindido de las ideas de secta en sus expedicio-

nes y conquistas. Por otra parte, aunque el protestantismo empujó á las naciones al retroceso con una fuerza cual ningun otro acontecimiento de la historia, tiene el derecho cristiano tanto arraigo en la naturaleza humana, que una vez que se le conoce, no es posible hacerlo desaparecer por completo y esos mismos gobiernos que con tanto furor se revolvieron contra la Iglesia, viven de sus ideas, y aunque la odian, sienten su influencia.

Repítanse cuanto se quiera las objeciones insustanciales que la heregía y la incredulidad han hecho tan conocidas, de que pasó el poder temporal de los Papas sobre las naciones, y que ya no quitan y ponen reyes como antes. Contra estas bachillerías filosóficas como las califica De Maistre, observaremos con el mismo que ningun príncipe hereditario ha sido jamás depuesto por el Papa, y que en cuanto á los electivos, todo se reduce á dos ó tres príncipes furiosos que encontraron un freno, aunque débil y muy insuficiente, en el poder pontificio. Y por lo que hace á nuestros dias podemos decir que, si la civilizacion no hubiera decaido tanto y los reyes se quitaran por leyes y no por insurrecciones y atentados, nada influiria para ello en los pueblos civilizados como la reprobacion del Romano Pontífice, áun sin contar con la justicia divina que se sabe por esperiencia sigue con sus venganzas á las censuras del Vicario de J. C. Así lo han hecho entender los Romanos Pontífices muchas veces á los príncipes cismáticos, y aunque aparenten no entenderlo, es lo cierto que se les muestran agradecidos cuando salen á su defensa contra los atentados de que son objeto como sucede en nuestros dias.

La Iglesia Romana no tiene hoy un defensor á quien con la consagracion haya dado el carácter de patrono; pero la independenciam que le es necesaria puede hoy salvarse mejor por el derecho que se ha hecho comun entre las naciones. La divina Providencia que obra por misteriosos modos, y acaso más eficazmente cuando nos son mas desconocidos, ha preparado al Romano Pontífice en el crédito que ha tomado el derecho cristiano y en la trasformacion que ha causado en la humanidad, garantias más poderosas que en los patronatos de aquellas sociedades guerreras. No necesitaban los Papas sinó que se les hiciera justicia con aquel mismo derecho que ellos crearon en Europa para dar estabilidad é independenciam á las naciones. Pero á pesar de la injusticia con que se trata al Pontificado, fué tal el mejoramiento que la sociedad esperiméntó por la ley cristiana, que él solo basta para que no pueda acabarse como se pretende con la influencia de los Pontífices. Si mucho y de todas partes se les combate por lo que se han multiplicado los elementos en la vida pública, mucho y de todas partes se le defiende. Y henos aquí en la idea conque dimos principio á esta instruccion. La lucha general contra el Pontificado lo señala como centro de la humanidad. No, no es posible se pierda la buena semilla sembrada por la Iglesia. La obra que con tantos afanes levantaron los sucesores de S. Pedro no quedará enteramente destruida. Para mayor confusion y mayor cargo ante Dios de los que la impugnan, ellos tendrán siempre en la memoria las enseñanzas saludables del cristianismo, y las aceptarán en parte, porque no hallan otras doctrinas mejores para sustituirlas, y porque los mismos

pueblos que las han conocido no dejarán de imponérselas. Los altos principios de civilización que ha proclamado la Iglesia no cabe sean desconocidos en el mundo. La dignidad del hombre, la estabilidad y santidad del matrimonio, la constitución y el orden en la familia, la legitimidad de la autoridad, la justicia en el ejercicio de la misma, la obediencia por temor de Dios, el amor difundido por todas partes, suavizando todas las asperezas y llenando todos los vacíos, son ideas que la razón se apropia muy bien aunque no siempre reconozca á quien debe su conservación y conocimiento.

Los hombres desapasionados las mirarán siempre como de esencia para toda sociedad civilizada, y si las pasiones que son achaque de la naturaleza viciada, ó los azares de los tiempos llegasen á oscurecer estas verdades, es bastante garantía la Iglesia para que no se pierdan. Con su virtud divina sabrá sufrirlo todo por defenderlas, con su magisterio las estará siempre enseñando, con su autoridad las impondrá, con su infalibilidad las aplicará y hará fecundas en medio de la diversidad de lugares y tiempos, y con su luz alumbrará siempre á la humanidad, guiando por el camino de la perfección y del progreso á los que veneren su magisterio, é impidiendo la perdición y ruina completa de los que lo desprecian.

Pues bien, si la Iglesia es una sociedad perfecta por su unidad, por su autoridad, por su eficacia en enseñar la verdad y proponer la justicia, y estas condiciones resaltan principalmente en el Pontificado Romano, ó mejor dicho, la Iglesia las posee por el Pontificado que Jesucristo instituyó para que fuese desem-

peñado por un Vicario suyo en la tierra, el Pontificado es la institucion social más elevada, más universal, más poderosa que puede haber en el mundo. Si el catolicismo, como ha dicho con gran profundidad un célebre escritor, es el género humano divinamente constituido para recibir, conservar y aplicar á las acciones la eterna verdad hasta la consumacion de los siglos, y en el pontificado reside fundamentalmente su virtud y eficacia, el Pontificado es por voluntad de Dios, acreditada de mil maneras á través de todos los siglos, el medio más poderoso para la inteligencia y accion comun de todos los hombres, el único que realiza el ideal de la humanidad. Por consiguiente, á este centro es á donde naturalmente deben confluir hombres y naciones; á este punto deben dirigirse las miras y los intentos de sacerdotes y fieles, de sábios y políticos, teniendo todos por gran provecho y honor estimable el contribuir á realizar el pensamiento capital que ha presidido desde la eternidad al orden de la Providencia respecto del género humano; á la noble, santa y divina empresa de unir á todos los hombres en un solo redil y bajo un solo Pastor. Y los gobiernos temporales cuyo cuidado debe ser la mayor conformidad de voluntades, y la más perfecta combinacion de esfuerzos para impulsar los progresos legítimos y ayudar á los hombres á conseguir su fin habrán de mirar al Supremo Pontificado católico como auxiliar de un poder y excelencia superiores, respetar profundamente las condiciones de su existencia y favorecer por todos los medios su accion bien hechora.

III.

Más el Romano Pontífice para ejercer esa influencia divina y desplegar esa energía salvadora reclama la posesión del pequeño Estado temporal que la Providencia le había proporcionado en Roma y algunas provincias adyacentes, á fin de disfrutar de la independencia material que necesita para el desempeño de su misión, que sin dejar de ser divina, ha de desempeñarse, sin embargo, de un modo humano, según todo el plan de redención establecido por nuestro Salvador: y hé aquí que esos derechos se le niegan por consideración á los que presume tener aquel pueblo, y que en gracia de una nacionalidad recientemente forjada no se teme privar al mundo de los beneficios que puede esperar de tan maravillosa institución. Porque es preciso que no nos dejemos alucinar en un asunto de tanta trascendencia para la suerte del catolicismo: si se tratase únicamente de la constitución política de Italia, no faltaria el bastante buen sentido para reconocer que los intereses morales tienen una importancia muy superior y merecen una preferencia incuestionable sobre los temporales, y que ningún pueblo por otra parte tiene derecho á que se sacrifique en obsequio suyo lo que es un bien para toda la humanidad; pero en esta cuestión se envuelve algo más que la nacionalidad italiana, y los que en mala hora la han promovido, abrigan proyectos de mucho mayor alcance. El amantísimo Pio IX lo expresa resueltamente en su memorable Encíclica «*Luctuosiss*»: «Nos comprendíamos muy bien, dice, los intentos impíos que son propios de hombres que se

unen por el afán de novedades y por un pacto criminal; y abiertamente anunciamos de antemano, que aquella sacrílega invasión, no tanto se dirigia á oprimir Nuestro Principado civil, cuanto á destruir más fácilmente, una vez anulado Nuestro Poder temporal todas las instituciones de la Iglesia, á derrocar la autoridad de la Santa Sede, á supeditar por completo la potestad de Vicario de Cristo que aunque sin merecimiento nuestro ejercemos en la tierra.»

No se nos oculta que en Italia hay, además de los que han formado un empeño desesperado en privar al Papa de su dominacion temporal, un gran número de ilusos que tienen á su nacion por más grande, y se creen más libres y respetados porque su ejército sume mayor número de batallones, porque ponga en línea más navíos y figure mayores partidas en su presupuesto; pero la parte sensata de aquella nacion privilegiada comprende muy bien que estas grandezas, tras de ser ficticias, envuelven para ellos una pérdida y retroceso considerable. Sobre no ser hoy más italianos que lo eran ayer, sobre ponerse en contradicción con las épocas más gloriosas de su historia, se vén ahora ménos libres y en camino de perder su grandeza característica. En lugar de aquella supremacia que les daba en el mundo moral é intelectual el tener en su seno el Pontificado católico, se encuentran puestos al servicio de la revolucion impía, y siendo el instrumento de más efecto para sus perversos designios. Nunca Italia ha sido ménos independiente que hoy. Se dijo al cometer el atentado de ocupar á Roma, que se hacia con el fin de librarla de la dominacion de soldados extranjeros; pero éstos no eran sino hijos devotos de

la Silla Apostólica, ni tenían más intento que sostener la autoridad legítima del Romano Pontífice, su amado Padre, el Rey de su corazón; y los que hoy la dominan no hacen más que secundar las miras de naciones egoistas, de príncipes ambiciosos, de diplomáticos perturbadores, de políticos presumidos, de capitalistas avaros, de sábios desvanecidos y de todos los que, habiendo formado una sociedad nefanda, vienen ejecutando los propósitos del géneo del mal, que homicida desde el principio, trabaja incesantemente por perder á los hombres y robar su honor al Hacedor Supremo.

Por otra parte, Roma, la ciudad providencial, elegida por Dios para que de ella, como de la nueva Sion y Jerusalem de la nueva alianza salga la ley y la palabra del Señor, ¿qué grandeza adquiere con que se la haga capital de un reino particular? ¿Qué significa esta distincion comparada con la de ser la metrópoli del mundo católico, y la de que doscientos cincuenta millones de creyentes la saluden como á su pátria con toda la efusion de su corazón? Porque en verdad, no nos preciamos ménos los católicos de ser hijos de la Iglesia de Roma, que de serlo de nuestra nación propia. Mucho amamos los españoles á nuestra patria, pero reconocemos que si España nos ha formado para el mundo, la Iglesia de Roma nos ha engendrado para el cielo. ¡Oh santa y apostólica Iglesia Romana! Tu nos aseguras de nuestra filiacion con Jesucristo, por tu ministerio hemos sido agregados á su cuerpo místico, y por las promesas y autoridad que tú conservas, tenemos esperanza de participar de su reino venturoso.

No es fácil calcular y precisar, A. H., el desen-

lace que dará fin á las complicaciones que hoy se han suscitado en Roma, pero debemos confiar que la obra de los hombres no ha de prevalecer contra la obra de Dios. Esperemos en el Señor, y su providencia hará ver que Roma no puede desempeñar un papel análogo al de otras capitales de reinos temporales, que si le concedió ser metrópoli de un gran imperio temporal, fué disponiéndola para presidir el movimiento religioso y moral que Jesucristo habia de imprimir al mundo para marchar hácia Dios, y que á no haber sido por la realizacion de tan altos designios, Italia, que por su situacion no puede sino dominar ó ser dominada, hubiera sido ya de largo tiempo presa de ambiciones extranjeras.

No se necesita haber reflexionado mucho sobre la historia de esta distinguida nacion para advertir que nunca su gloria fué mayor, que cuando tranquila y puestos de acuerdo sus príncipes, sirvió de apoyo á un S. Gregorio VII, ó á un Inocencio III para impedir las invasiones de los emperadores ó imponer su autoridad civilizadora á reyes y á vasallos; así como nunca desde los tiempos del imperio pagano ha hecho un papel tan triste, como cuando sus proceres vilipendiaban la dignidad pontificia en la época del desgraciado Papa Formoso, é impedian su accion regeneradora sobre los demás pueblos. No quiera Dios se renueven dias tan aciagos; pero en la situacion anormal en que se ha colocado al Pontífice, ¿quién puede responder de que no sucederá? No: aunque se odie y se oprima al pontificado no se olvidará que es la mayor fuerza moral que puede existir en el mundo, y bien experimentado tenemos que hasta el enemigo de

Dios se sirve de su santo nombre para combatirlo. Y esto es lo más grave del asunto, como os hemos dicho ya en otras ocasiones V. H. y A. H. Para comprender la gravedad de la cuestion romana, aunque hay razones muy fuertes, la capital procede de su relacion con Dios y su Iglesia y con nuestra fé y conciencia de cristianos. No se debe perder de vista su carácter religioso y su relacion con el órden sobrenatural, hoy sobre todo en que la razon presuntuosa propende tanto á amoldarlo todo, ideas y costumbres, al naturalismo.

Si por la gracia de Dios nuestro Salvador existe esta religion que nos enseña á renunciar á la impiedad y á las concupiscencias del siglo, alimentando en nuestros pechos la esperanza de conseguir la bienaventuranza eterna, todo lo referente á aquélla y á la Iglesia que la conserva y enseña debe entenderse y apreciarse segun la voluntad de Dios. Y Dios ha querido que para fines tan altos hubiese en la tierra una autoridad tan divina, tan própiamente suya, que sus juicios tuviesen valor hasta en el cielo. Luego esta autoridad es inmensamente superior á todas las que tienen su fin dentro de lo criado. Como la vida eterna está sobre la temporal y la subordina, así la autoridad que procura la primera no solo ha de ser superior é independiente de todas las que se ocupan de la segunda, sino que las ha de someter á sí en todo aquello que á su objeto se refiere.

Nuestra misma alma, á la cual pertenece própiamente la vida de la bienaventuranza, nos demuestra por

su naturaleza y relaciones con el cuerpo la superioridad de la autoridad espiritual. Nos es conocida la soberanía de nuestra conciencia sobre todas las facultades y fuerzas que nos mueven; pues esta soberanía reclama por sí la soberanía absoluta de la potestad que la rige. A nadie se puede ocultar que lo que dá su esencia al hombre es la razón, y que ésta en donde más evidentemente aparece y se ejercita es en la conciencia. En este punto es donde claramente se concentra y se revela la actividad y dignidad del hombre. Y cuánto valor y perfección dén á la conciencia del hombre la fé y la ley cristiana profesadas bajo la autoridad de la Iglesia, no hay porqué esforzarse en demostrarlo por ser un hecho universalmente reconocido. A su luz se descubren y salvan todos los tropiezos, se desciende al conocimiento de los últimos pormenores, se pesan todas las circunstancias, se resuelven todas las complicaciones. Bajo este magisterio infalible la conciencia se orienta, se asegura, mira con firmeza los principios y deduce con acierto sus consecuencias. Nada pasa desapercibido para ella, y adquiere aquella vigilancia que tanto recomienda el divino Maestro, y aquella delicadeza para evitar las más leves faltas que tanto se encarece en la ascética cristiana.

No es la conciencia católica como la conciencia del racionalista que escogita subterfugios para justificar sus extravíos, ni como la del protestante que se carga de crímenes bajo la vana confianza de un Dios Salvador, ni como la del panteísta que escusa la responsabilidad por la carencia de libertad, ni como la del idolatra que santifica sus abominaciones, ni co-

mo la de cualquier sistema que sigue los impulsos de la naturaleza, y que al fin tiene que declarar al arbitrio humano autor y regla de lo justo y de lo santo. La conciencia católica que se funda en el propio conocimiento y anda siempre entre el temor y la esperanza de lo futuro, es una conciencia viva, sensible, eficaz que hace consistir su triunfo en el predominio del espíritu, que engendra un temor generoso al bien y aquélla hambre y sed de justicia á que corresponde en la otra vida una bienaventuranza imperecedera. Y una direccion tan elevada y que tan directamente nos pone en comunicacion con el cielo, ¿podrá de algun modo estar al alcance de autoridades terrenas? Todos los que han disentido del Catolicismo lo han hecho abusando de aquella máxima de que entre Dios y la conciencia no debe interponerse nadie. Ciertamente, contestamos los católicos, pero ha de ser mediando la seguridad de que estamos en comunicacion con Dios, sin dejar lugar á la insensibilidad del deísta que le hace á Dios ageno al gobierno de nuestra conciencia, ó á las ilusiones del sectario fanático que para todos sus actos, áun los más reprobados, se cree asistido de la inspiracion divina. Nuestro amoroso Padre ha provisto á las necesidades religiosas y morales del hombre consultando con el mayor miramiento su naturaleza, y si ha establecido un magisterio de hombre, caracterizado con las condiciones de magisterio divino, á éste es al que debemos adherirnos sin que nadie nos lo impida. Nadie debe interponerse entre Dios y la conciencia humana: pues esa es precisamente la razon por la que reclamamos que nadie se interponga entre el Papa y nuestras conciencias.

Pero ved lo que hoy se intenta. Habiendo arrebatado al Padre Santo el Estado temporal de que el Rey de cielos y tierra le habia dotado con una providencia admirable, y con cuya posesion habia podido dispensar incalculables beneficios á la religion y á la humanidad, se quiere que ese magisterio divino y sobrenatural, que los católicos y los hombres en general necesitan en todo lugar y tiempo para arreglar su conducta ante Dios y dirigir sus pasos á la felicidad eterna, quede sometido en su ejercicio á las leyes de un Estado particular, en lo cual se lastiman, se hieren profundamente los derechos y la independenciaman de los católicos y de todo el género humano, á la vez que se deprime la dignidad augusta del que enseña y dirige á nombre del mismo Dios. Haciendo al Romano Pontífice subdito de una nacion, se le ha de querer imponer todo el orden vigente en ella, y no solamente correrá el peligro de que la política que rija en ésta influya en la direccion espiritual y temporal de la Iglesia, sino que de hecho influirá como ya lo palpamos lastimosamente; y los católicos que estamos siempre resueltos á sacrificarlo todo por poner á salvo la inmunidad de nuestra conciencia de toda accion y de toda influencia secular, áun la de nuestros superiores legítimos en lo temporal, vamos á sentir la intrusion de un príncipe extraño en materia tan inviolable.

La independencia del Pontificado es necesaria. Se la consagra un derecho singular, inherente á su ministerio, el cual se ejerce en una region más alta que todos los tronos, toda vez que el Papa se halla entre el cielo y la tierra manteniendo las relaciones de entrambos. Qué poder del mundo, sino uno cegado por la ambición más desapoderada, pretenderá someter á su cetro á Aquel que con el suyo rige, no ya los destinos terrenos de los pueblos, sino sus destinos inmortales, su vida espiritual en orden á una vida futura que jamás tendrá término?

Siempre se salvará esa independencia, si no con el apoyo de las naciones para su salud y gloria, con el sacrificio del que está siempre dispuesto á subir al Calvario para la redencion de todos, pero sin que por ésto evite la reprobacion de los que le crucifican. Los sucesores de S. Pedro, ora cercados de los resplandores de su solio, ora gimiendo en las Catacumbas, se han mantenido superiores á todas las circunstancias, y la opresion de que han sido víctimas jamás ha producido otra cosa que cadenas para la humanidad.

Pero, y nosotros ¿hemos de ser frios espectadores de su penar? Cuando Dios nos envia trabajos, nos asocia á los fines más altos de su providencia; porque como dice la mística Doctora, el fin que Dios se propone con darnos trabajos se cumple siempre en el cielo. Al querer el Señor que padezcamos con su Representante en la tierra dá á nuestros sufrimientos la virtud de los suyos, y ya sabemos que por los sufrimientos de un Dios se salva el mundo. Gran beneficio era el que la divina Providencia sostuviese por las riquezas y el poder temporal la majestad de su Vicario, mas puesto

que ha permitido que sus enemigos le despojen, á nuestro cargo queda rodear su trono de un prestigio, de un honor y de una fuerza que, si pudiera ser, excediesen á las que le conciliaba su poder material. El golpe descargado sobre el Romano Pontífice ha herido á los católicos en general, el compromiso creado lo es para todos, comun la desgracia; pero la virtud se perfecciona en la prueba, y virtudes son las que en primer término se nos piden para la defensa del Pontificado. ¿Puede haber medios más dignos, ni más provechosos para nosotros mismos? Mas el tránsito es recio, y para contrarestarlo, se requiere una virtud esforzada y constante que no se detenga en sacrificios, pues en mayor número y riesgo los hará el mismo que nos los pide. Y como quiera que, dada nuestra pobre condicion, nadie se lanza al sacrificio sino estimulado por la esperanza del premio, entendamos que, prescindiendo de los que Dios nos reserva para más allá de la vida, aquí mismo se nos ofrece uno de inmensa importancia moral, el consuelo, el placer que experimentaremos ante el convencimiento de que nuestra accion favorece y vigoriza á una institucion, que es y será siempre la primera fuerza del mundo. Tan altos podemos ponernos á nuestra propia vista.

El primer móvil que debe impulsar nuestra accion es la fé, virtud potente, como que descansa en lo que es incommovible, en la palabra de Dios: y esa palabra ha dicho «Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» En efecto, el fuego de mil pasiones innobles, dominando muchas de ellas en el corazon de reyes poderosos, de guerreros temerarios, de esta-

distas pérfidos y audaces, y hasta de traidores salidos del seno amantísimo de la Iglesia, no pudo fundir la corona de los Papas, como no la han podido quebrantar los martillos de todas la herejías y de todas las revoluciones; y esta prueba larguísima, incesante, viene en apoyo de nuestra fé, y á nuestra fé en el Pontificado, que sabemos se halla divinamente defendido, está vinculado un premio de inmensa valía, y éste será que quede garantido á favor nuestro y libre de trabas que lo entorpezcan el ejercicio de la autoridad del Romano Pontífice.

Frutos legítimos de esta fé en el Pontificado han de ser la obediencia y respeto que él merece. Deber de todos los católicos es, y muy especialmente de los que por su mision, por su saber ó por sus trabajos alcanzan influencia sobre los pueblos, obedecer ciegamente al Romano Pontífice, acatar sus mandatos sin interpretarlos, secundar su voluntad sin suponerla jamás influida sino por Dios, y tratar con veneracion y respeto profundo todas las personas y todas las cosas que al Pontificado y al ejercicio de su mision, hoy doblemente espinosa, se refieran.

Y si como súbditos estamos obligados á los deberes expuestos, como á hijos del Padre comun, que tal es el carácter que más de relieve debemos presentar los católicos, tiene el Papa derecho á exigirnos más. Ríñese en el momento actual la batalla de siempre, pero más desesperada y decisiva. De un lado en falange compacta todos los errores y todas las concupiscencias; del otro la verdad y el bien guarecidos como en único castillo inespugnable, junto al sepulcro de San Pedro y en la carcel de su Sucesor. Allí cetros, esta-

dos, ejércitos, tesoros, y lo que todavía tiene más fuerza, una prensa desvergonzada y vendida á la impiedad: aquí el Papa solo, y declarando que reina sobre más de doscientos millones de almas que le llaman su Padre. En compromiso grande nos pone esta declaracion del Vicario de Jesucristo, porque si permanecemos en la apatía, el infierno tomará el dicho de aquél por una baladrona, y escribirá sobre el frontispicio de San Pedro, parodiando á Pilato, un afrentoso *Inri* que quiera decir «Se llama rey de millones de almas, más se hace una ilusion, porque no conocemos á sus súbditos.» A todo trance hay que evitar esta vergüenza, más ¿qué decimos evitar? á todo trance hay que hacerla recaer sobre la impiedad, y esto ha de lograrse yendo al Vaticano en peregrinaciones, con mensajes y con limosnas, y una y otra vez, hasta que nuestro Padre nos conozca y nos cuente, y nos contemos nosotros mismos, y nos cuenten nuestros enemigos, á quienes podamos decir desde las gradas del sόlio pontificio. «No hay trono con más derecho á existir, que aquel que reina sobre las conciencias, y que tiene sus subditos esparcidos de un confin á otro del mundo.»

¡Cuánto no podría esta valerosa aptitud hacer eficaz en toda la tierra el ministerio del Romano Pontífice, y consiguientemente todo el ministerio eclesiástico! Porque acontece encontrarse muchas almas llenas de sentimientos nobles, que lamentan los males de la Iglesia y de la sociedad, y tanto como ésto, el carecer ellas de fuerzas y recursos para evitarlos. Esta última consideracion es funesta, pues sobre encerrar un error, enerva los espíritus, los deja primero en la inaccion,

y despues, lo que es peor, en una falsa paz y confianza como si dijesen: «nada podemos, y hay que dejar el remedio á la Providencia de Dios.» A fé que para curar la cobardía de tales espíritus contamos con una Maestra inspirada, Santa Teresa de Jesús. Fatigábanla mucho los daños que á la Iglesia hacía la secta luterana (así se explica al comenzar á escribir el Camino de perfección), lloraba con el Señor y le suplicaba que remediase tanto mal: mas luego entendió que, aunque mujer y ruin é imposibilitada de aprovechar en nada el servicio del Señor, no siendo bastante el llorar y suplicar, debia aplicarse á practicar los consejos evangélicos y á que lo hicieran con ella otras poquitas, y todas ocupadas (dice) en oracion por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudaremos en lo que pudiésemos á este Señor que tan apretado le traen á los que ha hecho tanto bien. Para esto os juntó aquí, les dice despues á sus monjas, éste es nuestro llamamiento, éstos han de ser vuestros negocios, éstos han de ser vuestros deseos, aquí vuestras lágrimas, estas vuestras peticiones. No por negocios acá del mundo, que yo me rio, y aún me congojo de las cosas que aquí nos vienen á encargar, hasta que roguemos á Dios por negocios y pleitos por dineros..... Estáse ardiendo el mundo; quieren tornar á sentenciar á Cristo, como dicen, pues levantan mil testimonios, y quieren poner su Iglesia por el suelo ¿y hémos de gastar tiempo en cosas que, por ventura, si Dios las diese, terníamos un alma ménos en el cielo? No, hermanas mias, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia.»

Esta última frase de Santa Teresa es de una prodigiosa aplicacion á los momentos actuales. No pueden censurarse que llamen la atencion de los fieles ciertos sucesos ó contingencias de la vida pública que pudieran aprovechar á la causa de la religion: el deseo es noble, el ánsia de mejorar viva y los sufrimientos pasados intensos y numerosos, pero cabe censurar la inversion que, sin de ello apercibirse, hacen del orden por Dios establecido, y que respeta tanto Santa Teresa de Jesús en las palabras citadas. Con sana intencion, pero con errado cálculo, pretenden que dichos sucesos produzcan la libertad de la Iglesia, cuando debieran trabajar antes por ésta, seguros de obtener como fruto todas las demás ventajas, porque Dios ha depositado en la Iglesia el bien para que lo derrame sobre los pueblos; una y otros están necesitados; pues ¿qué mejor orden que acudir primero en favor de quien despues ha de ser el mejor valedor? No era ni con mucho, tan formidable como lo es ahora la guerra que se hacía á la fé en el siglo de Santa Teresa: monarcas piadosísimos, capitanes invencibles, filósofos de gran renombre protegian los intereses de esa misma fé, y no obstante la Santa decía que «ya nos ha de valer el brazo eclesiástico y no el seglar.» En este brazo, pues, ó sea en el ministerio eclesiástico es en el que hay que esperar, mas por de pronto es preciso ayudarle. Podrá alguien preguntar porqué hemos de ayudar á los que son mejores que nosotros, argumento que dá por presentado la Mística Doctora; pero le responderemos con sus mismas palabras: «porque ellos han de ser los que esfuercen á la gente y pongan ánimo á los quequeños. ¡Buenos quedarían los

soldados sin capitanes! Han de vivir entre los hombres, y tratar con los hombres, y estar en los palacios, y aún hacerse algunas veces con lo exterior ¿Pensáis hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y hacerse á la conversacion del mundo, y ser en lo interior extraños al mundo y enemigos del mundo, y estar como quien dice en destierro, y en fin, no ser hombres sino ángeles.»

De inmenso valor fueron las fuerzas con que Santa Teresa cooperó á esta proteccion que tanto deseaba para el ministerio eclesiástico; y ¿en qué consistian estas fuerzas? En servir ella y sus hermanas á Dios con pobres oraciones siempre, como dice refiriendo la fundacion del Convento de Medina, y en aficionarse al bien de las almas y al aumento de la Iglesia, en lastimarse de la perdicion de aquéllas y suplicar á nuestro Señor dé medios cómo se pueda hacer algo para ganarlas á su servicio, en una palabra, las armas con que la mística Doctora reñia las batallas á favor de la Iglesia eran un amor acrisolado á Dios. Estas deben ser las nuestras porque amando á Dios es como se zela su gloria, se defienden sus derechos, se apoya á su Iglesia, y ¿quién puede escusarse del amor á Dios? ¿á quién se le hace difícil? Quizá no sabemos que es amar, dice nuestra amada Santa en sus moradas cuartas, y no me espantaré mucho, porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinacion de desear contentar en todo á Dios, y procurar en cuanto pudiéremos no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia católica.»

Ya lo vemos por las sublimes enseñanzas de la gran Maestra: ella nos marca cual debe ser nuestra conducta, ver nuestros intereses en los de la Iglesia, y auxiliar la accion de ésta con oraciones, con mortificaciones y en general con todas las obras de misericordia. La opresion que sufre, tanto mas grave y dolorosa cuanto que la sufre su cabeza, proviene de nuestros pecados, y cesará como cesa siempre la cólera de Dios, cuando le desarmemos con un arrepentimiento sincero, acreditado con obras satisfactorias, el ayuno, los gemidos, el llanto, la oracion y la limosna.

Esta última obra, sobre el mérito incalculable que tiene como fuerza expiatoria, está reconocida hoy como uno de los medios mas eficaces é indispensables para obtener la independenciam de la Iglesia, depositándola en su seno, llevándola á los piés del Romano Pontífice.

Antes de tratar este punto tan esencial, es preciso asentar con toda precision el principio de que el Papa tiene derecho á exigirnos lo que por limosna nos pide. Representante de Jesucristo por quien todo se nos ha sido dado, Jefe Supremo de la gran familia cristiana, obligado á subvenir al crecidísimo número de necesidades espirituales y áun temporales que de todo el universo le demandan auxilio, no es posible que pueda realizar sus gloriosos destinos, sin disponer de grandes sumas, que hoy no pueden ir á sus santas manos sinó entregadas por las caritativas y generosas de sus hijos. Mas sobre esto discurriremos

uego, debiendo ahora demostrar que el mundo católico ha reconocido siempre el deber en que se halla de atender con recursos materiales al tesoro de los Papas, es decir, al de la Iglesia, y aún más gráficamente expresado, *al Dinero de S. Pedro*.

El gran analista cristiano Cárdenal Baronio, historiando los sucesos del siglo VIII, hace mención del tributo que en Inglaterra pagaba cada individuo á la Silla Apostólica con el nombre que acabamos de estampar, de *Dinero de S. Pedro*; y los escritores católicos han demostrado luminosamente á los protestantes, jansenistas y galicanos, que este tributo no era consecuencia de vasallaje, sino una muestra de reverencia y union con la Sede de S. Pedro, para el sostenimiento del Romano Pontífice y atenciones generales del gobierno de la Iglesia universal. Despues són casi innumerables los documentos que nos ofrece la historia de contribuciones semejantes dadas á la Santa Sede por diversos paises, mas consignaremos solamente algunos. Polonia desde su conversion pagó un tributo parecido á la Silla Apostólica, y S. Gregorio VII en el año 1075 dá testimonio de haberlo recibido, en carta dirigida á Uratislao, Duque de Bohemia, en la que llama al donativo muestra de grande y elevada fidelidad. Ya antes en 1041, Longino, escritor de la historia de Polonia, afirma que los nobles pagaban anualmente á los Sumos Pontífices determinada suma. Lo propio hicieron los Normandos segun escribe Leon Ostiense, y el Ducado de la Pulla, Calabria y Sicilia depositaba todos los años á los piés del Papa una suma de doce denarios por cada pareja de bueyes, á cuyo pago se obligó Roberto Guiscardo, con jura-

mento que está copiado en el Códice Vaticano titulado *Liber Censuum*. En el mismo Códice se halla una carta de Alejandro II, (1062,) en la cual exige del rey Lueno de Dinamarca el censo que sus mayores acostumbraron á pagar á la Silla Apostólica. Consta tambien que el año 1076, Demetrio Duque de Croacia y Dalmacia prometió con juramento por sí y por sus sucesores pagar anualmente á S. Pedro el tributo de doscientos bizancios. El mismo S. Gregorio VII envió en 1081 legados á las Galias para percibir el tributo que con el nombre de *Dinero de S. Pedro* se introdujo en tres comarcas de aquel país en tiempo de Carlo Magno. La suma recaudada subió á mil doscientas libras, sin incluir en esta cifra lo que cada cual dió además espontáneamente é impulsado por su devocion á la Cátedra Romana. Enrique II de Inglaterra manda en 1059 que el Reino de Irlanda contribuya al *Dinero de S. Pedro*, y tributos semejantes consta que pagaron Norúega en 1206, Suecia en 1317 y Escocia en 1329.

Y está bien al alcance la razon de tales tributos, porque como contesta el erudito y sagaz crítico Bianchi de Lucca (1), para rebatir las falsas imputaciones de Bossuet contra S. Gregorio VII, «antes de este Papa por antigua costumbre de la mayor parte de los reinos católicos, en señal de piedad y devocion y como prueba de acatamiento y union con la Silla Apostólica, se recolectaba cierta suma de dinero que se mandaba á Roma llamándole *Dinero de S. Pedro*, cuya costumbre se derivaba de la antigua ofrenda que

(1) Potestá e polizia della Chiesa, vol. 1, lib. 2. §. XXI.

los fieles de cada Iglesia particular hacian á la Iglesia Romana y al príncipe de los Apóstoles, en reconocimiento de la obediencia y sujecion de todas al Cabeza de toda la Iglesia.» Este origen podemos señalar á las anatas sobre los beneficios. Los Romanos Pontífices no habian inventado este tributo como dice Tomassino (1), pero habiendo perdido la Silla Apostólica gran parte de sus rentas con motivo de su traslacion á Aviñon y del cisma que se siguió, los Pontífices Juan XXII y Bonifacio IX tuvieron necesidad de aplicar á la Santa Sede este tributo, vigente ya en muchas partes en favor de los Obispos y de los Abades, reservándose una anualidad de la renta [de los beneficios conferidos por el Papa; y por más que los regalistas y protestantes han clamado contra este recurso, al introducirse fué tenido por muy oportuno y necesario, como lo confiesan los menos afectos al Pontificado. El concilio de Constanza pudo muy bien prohibirlo, y lejos de hacerlo, el Canciller Juan Gerson, que tanto influyó en las decisiones del mismo, dice que (2) es razonable en alto grado que el Sumo Pontífice perciba las primeras anatas de los beneficios, como lo hacen los Prelados inferiores, las Iglesias Catedrales y algunas religiones; y el Concilio de Basilea que vino á declararse

(1) In opere *Vetus et nova Ecclesie disciplina*, De Annatis, cap. LVIII.

(2) *Nec minus rationabiliter, immo rationabilius potest Papa recipere primas annatas Beneficiorum quas recipiunt vel Prælati inferiores, vel Ecclesie Cathedralis, vel aliquæ Religiones, quod tamen ita fieri frequentius invenitur* —Tomassino, in *cod. cap. n.º VIII*.

contra el Papa Eugenio IV, conserva el derecho de las anatas, mientras no sean sustituidas por otro (1). «Para levantar las cargas, dice, que corresponde incumban al Romano Pontífice, y para la sustentacion de los Cardenales de la Santa Iglesia Romana y de otros Oficiales indispensables provea total, debida y convenientemente este Santo Concilio antes de su dissolution. Y si aconteziese no poder proveer acerca de ésto, entonces aquellas Iglesias y Beneficios que hasta ahora han pagado cierta tasa al recibir un nuevo Prelado, queden obligadas á pagar la mitad de ésta por un año á contar desde la toma pacífica de posesion, y en partes, debiendo durar esta provision hasta que se atienda de otro modo al sostenimiento del Papa y de los Cardenales.» Ni es la única declaracion de este Sínodo en favor de las anatas, aunque dado su mal espíritu desease abolirlas. El fundamento de este [derecho lo explica sabiamente el Cardenal Palavicini (2) en su historia del Concilio de Trento. «Estas (las anatas), dice, no fueron

(1) Pro oneribus, autem, quæ ipsum pro regimine universalis Ecclesiæ subire oportet, proque sustentatione Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalium et aliorum necessariorum Officialium, hoc sacrum Concilium ante sui dissolutionem omnino debite et congruenter provideat. Quod si contingat aliquam circa hæc provisionem non facere, tunc illæ Ecclesiæ et Beneficia, quæ usque nunc ex novi Prælati sumptione certam taxam solverint, deinceps medietatem hujusmodi per annum post adeptam pacificam possessionem solvere in partibus teneantur; duratura hujusmodi provisione, donec prædicti Papæ et Cardinalium sustentationi fuerit aliter provisum. Ses. XII. Vid. Tomassino de Annatis, cap. LIX, n.º IV.

(2) Historia del Conc. di Trento, lib. II, cap. VIII.

impuestas por los Romanos Pontífices por convención ó pacto con los príncipes seculares, sino que se descontaban de todos los beneficios de la cristiandad en lugar de los diezmos destinados al sostenimiento del Sumo Sacerdote y de los demás eclesiásticos inferiores, el cual, por el bien del Cristianismo, debe, no solo mantener su córte compuesta de muchos oficiales distinguidos, sino que ha de atender á la subsistencia de los Cardenales pobres y de muchos Nuncios, ayudar á innumerables necesitados y premiar á muchos beneméritos, y este derecho tiene su origen en lo mismo que Dios dispuso en el antiguo Testamento.»

Y será de admirar, V. H. y A. H., que hoy agobiado el Romano Pontífice por tantas y tan graves necesidades, pida unos recursos de que en una escala mucho mayor disponia cuando sus atenciones eran menores? No habian tenido lugar las usurpaciones que los protestantes y falsos políticos tan sin justicia ni fundamento imputan á los Papas, y ya en tiempo de San Gregorio Magno contaba la Iglesia de Roma hasta veinte y tres administradores en los diversos patrimonios que poseia por toda la Italia y en otros puntos. Se encuentran enumerados en la obra que contra Febronio escribió el erudito Abate Zaccaria (1) el cual despues de reseñarlos con datos tomados de Cenni y Muratori, añade: «Además de los patrimonios, daban á la Cámara Apostólica grandisimas entradas las oblaçiones que de todo el mundo cristiano se mandaban á la Basílica del Príncipe de los Apóstoles, de

(1) Anti-Febronio, part. 2.^a, lib. 5.^o, cap. 8.^o

las cuales, tres cuartas partes pertenecian al Papa, como ha demostrado por iguales diplomas pontificios el citado Cenni en el Diario de Roma de 1751.» Todos estos tributos se vinieron pagando durante varios siglos á la Iglesia de Roma en virtud de su derecho y por sus extraordinarias necesidades, hasta que asegurados los Sumos Pontífices en sus dominios temporales, los príncipes cristianos procuraron normalizar la situacion económica de la Santa Sede, dándole indemnizaciones por lo que percibia de sus respectivos Estados, como ha sucedido en España á la celebracion del Concordato del siglo próximo pasado.

Pues bien, todos recursos, tan indispensables y tan sagrados por su destino, le han faltado á la Silla Apostólica á consecuencia de la usurpacion de sus territorios. «Los invasores, como dice Pio IX en su encíclica *Luctuosis* ya mencionada, nada han respetado en su odio á la Silla Apostólica y todo ha sido presa de su avaricia, suprimiendo á la par los institutos religiosos y otros centros que la proporeionaban numerosos y competentísimos auxiliares, que gratuitamente despachaban en los negocios más árduos de la Iglesia», y en medio de tanto abandono, afligido el Romano Pontífice por tan grave necesidad que es la de todo el mundo, se contenta y no se atreve á más, que á recomendar que se promuevan las limosnas á la Iglesia de Roma, Capital y Matriz de todas las demás, la cual, á su vez, ha de remediar las necesidades de todas. Limosna pide, pues, el que, si padece necesidad, es por nosotros; limosna pide nuestro Padre para alimentarnos con el pan de vida que es la divina palabra y la

gracia de Dios; limosna pide el gran Sacerdote que intercede por todos, y de quien los demás Sacerdotes reciben la potestad para ofrecer sus sacrificios; limosna pide, en fin, el que hace las veces del Rey y Señor de todo lo criado.

En esta demanda se manifiesta bien cuánto vale el hombre, y qué poca cosa son en su comparacion los intereses materiales segun el cristianismo. El dinero en éste es solamente un recurso para hacer el bien espiritual del hombre y de la sociedad. En la Iglesia no se adora al becerro de oro, sino que el oro se ofrece al culto del Señor y se destina al provecho de las almas. No lo pide el Papa para ser rico, sino para enriquecernos de virtudes, no para satisfacer una codicia que está muy lejos de abrigar, sino para saciar su ánsia de hacernos virtuosos, para ejercer con la majestad que requieren el honor de Dios y nuestra fé las funciones de su dignidad angusta, para cubrir las múltiples é importantísimas atenciones que llevan consigo la conservacion y el aumento de la religion y el gobierno de la Iglesia, y á la vez, para dar constante ejemplo de caridad, porque el que la predica, puesto en lugar del Dios de amor, no puede menos de practicarla. ¡Cuántos esfuerzos no está haciendo el magnánimo Leon XIII por no poder ser estraño á ninguna de las calamidades que afligen al mundo! ¿no le vimos acudir solícito con un gran donativo para socorrer entre nosotros las necesidades que produjeran las tormentas de Orihuela y Murcia?

Bajo cualquier punto que se considere esta limosna es un manantial inagotable de virtud. Ella es una obligacion de piedad filial y de caridad eminente, y con



ser tan extraordinario su mérito, en la forma que se propone está al alcance de todos, del pobre y del rico, del seglar y del sacerdote, del noble y del plebeyo. Es una demostracion universal de religion y de generosidad cristiana dispuesta de una manera admirable y encantadora bajo todos conceptos, y grata á todo corazon sano hasta el entusiasmo.

La consideracion de que el Pontificado encierra en su seno todos los remedios de que tan necesitada se halla esta sociedad enferma, y que no puede aplicarlos en el tiempo y cantidad que ardientemente desea nuestro Santísimo Padre, porque en la estrechez y abatimiento que le aflijen, carece de recursos materiales para ejercer su salvadora influencia, esta consideracion, repetimos, inunda de amarga tristeza á toda alma que por noble se tenga. Queremos que el mundo se salve, nos dolemos de que estén inertes tantos elementos que poderosamente podrian contribuir á ello; y el más grande, la mayor fuerza regeneradora que es el Pontificado, cuya accion necesita hoy de nuestro auxilio, la tenemos desatendida. Pues hora es ya de que formemos nuestra conciencia respecto de este deber de primera magnitud. Veamos claro que el socorro dado al Papa es un acto de caridad universal, por el que, quien menos favorecido resulta es el Romano Pontífice, quienes más, nosotros mismos. Enumerados quedan, si bien muy á la lijera, los grandes objetos á que la Silla Apostólica destina sus recursos. El hombre de la ciencia que consume su vida en el fondo de una biblioteca, estudiando las soluciones que deben darse á los arduos problemas consultados á la autoridad sapientísima del Papa; el apostol que sin gloria ni aplau-

so humano, á fuerza de sufrimientos tan misteriosos como terribles, recorre regiones inhospitalarias conquistando almas para el cielo; el monje austero sepultado en los claustros aplacando con penitencias incessantes la ira del Señor pronta á herir á los pueblos prevaricadores; el huérfano cuya vida se ha salvado, y á quien se educa y forma para la Iglesia y la sociedad; todos estos deben su sostenimiento y realizan sus grandiosos fines con las limosnas que al Papa han sido dadas. La publicacion de libros de purísima doctrina refutando otros que la contienen envenenada; el estímulo con que se alienta á los géneos inspirados para que produzcan obras que libren al arte de la degradacion y ruina que le amenazan; tantos y tantos sacrificios en favor del verdadero progreso de la humanidad, necesidades son atendidas con el dinero que esparce la mano del Papa. Sus relaciones é influencia ante los gobiernos en beneficio de los mismos pueblos tanto católicos como disidentes, por cuya paz y bienestar no hay en todo el universo quien se interese con más amor y celo que el Vicario de Jesucristo; ese trato amistoso que Roma sabe y quiere mantener con todos los hombres eminentes del mundo, llámense como se llamen y vivan donde vivan; ese ejemplo altísimo de beneficencia que el Pontífice dá á toda la sociedad, socorriendo cualquier infortunio en cualquier punto de la tierra, todo esto se realiza mediante el dinero puesto al servicio de su ardentísima caridad.

Reconózcase, por tanto, la prodigiosa universalidad de la caridad que se hace con el Romano Pontífice. El incrédulo mas frio y el sectario más obstinado que se propusieran pensar con firmeza sobre ésto, y

quisieran ver las múltiples y laudabilísimas inversiones que el Papa dá al dinero de los católicos, prorumpiría con el mayor entusiasmo en esta exclamacion ¡Quién socorre al Papa, beneficia al mundo entero!

De altísimo precio es V. H. y A. H. la limosna dada al Papa; pero si esta caridad se halla avivada por la oracion y purificada por la penitencia, su estimacion tocará en lo inconcebible, y apresurará la hora de las misericordias del Señor. ¡Quiera Él que así sea! ¡Que esta caridad, siendo la norma de todos nuestros actos, nos justifique y llene de gracias durante la vida, para que despues de haber militado en ella en favor de la Iglesia, formemos parte de ésta triunfante en los cielos! Estos son nuestros más sinceros y ardientes votos, al dispensaros nuestra pastoral bendicion en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo ✠ Amen.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Salamanca, en la festividad de los Santos Apóstoles S. Pedro y San Pablo, 29 de Junio del año de 1883.

† NARCISO, Obispo de Salamanca
y Administrador Apostólico de Ciudad-Rodrigo.

Por mandado de S. E. L. el Obispo mi Señor,
DR. ALEJO IZQUIERDO Y SANZ,
Secretario.

Advertencia. Los Sres. Curas Párrocos, Ecó-

nomos y Encargados de las Iglesias parroquiales, leerán á sus feligreses en uno ó más dias festivos al ofertorio de la misa conventual, la parte que estimen oportuna de esta instruccion pastoral, exhortándoles á contribuir con sus limosnas para socorro de las necesidades de la Silla Apostólica; y hecha una colecta extraordinaria mandarán su producto con la brevedad posible á la Secretaría de Cámara, á fin de poder ofrecer un presente cual corresponde á nuestro Santísimo Padre para el primer aniversario del centenario de Santa Teresa.

Salamanca. — Imp de Oliva.